

EN CAMINO CON SAN AGUSTÍN

2001

“EN CAMINO CON SAN AGUSTÍN”

FRATERNIDADES DE AGUSTINOS SECULARES

PRESENTACIÓN

Aparece la *Guía de Fraternidades de Agustinos Seculares* cuando todavía se escuchan los ecos del Gran Jubileo de la Encarnación, celebrado el pasado 2000. Un acontecimiento que nos ha hecho pensar en aquella primavera de la Iglesia brotada en los felices años del Vaticano II.

El Año Jubilar ha servido, entre otras cosas, para avanzar en la corresponsabilidad eclesial. Se ha repetido, insistentemente, que los laicos son la Iglesia en el corazón del mundo y que la nueva evangelización es impensable sin un decidido compromiso misionero laical. En este marco, se inscribe el documento que ahora sale rumbo a la geografía de la Orden agustiniana. Las aguas, sin embargo, vienen de más lejos. La eclesiología de comunión, que es sintonía permanente en el pensamiento de san Agustín, fue subrayada en el Vaticano II hasta el punto de afirmar que *“la Iglesia no está verdaderamente fundada, ni vive plenamente, ni es un signo perfecto de Cristo entre los hombres, mientras no exista y trabaje con la Jerarquía un laicado propiamente dicho”* (Ad gentes, 21).

Somos, pues, sarmientos todos de la única vid (Jn 15,5), llamados *“a vivir unidos lo que nos une y separadamente lo que nos separa. Dispuestos, por tanto, a compartir desde la diferencia y a enriquecernos mutuamente desde la propia identidad vocacional”* (Conclusiones Congreso Internacional de Laicos Agustinianos, 4). Sentido de la común dignidad cristiana y de pertenencia al misterio de la Iglesia-comunión (Cf. *Christifideles laici*, 64).

Estas convicciones, tan arraigadas en la teología del Obispo de Hipona, han tenido, históricamente, su reflejo práctico en la creación de las llamadas Fraternidades de Agustinos Seculares. La impronta doctrinal ha permanecido al paso del tiempo, pero algunos aspectos importantes, sin embargo, han sufrido cortes intermitentes.

El Sínodo de los Obispos de 1987 tuvo como tema de estudio la vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo a los veinte años del Concilio Vaticano II. Como fruto de esta Asamblea sinodal, el Papa Juan Pablo II hizo publica la Exhortación Apostólica *Christifideles laici*, el 30 de diciembre de 1988.

No es suficiente hablar de la hora de los laicos ni tampoco pensar que estamos ante una etapa asociativa pasajera. Es el Espíritu de Dios quien interpela, suscita y provoca la mirada a los orígenes, a lo nuclear. Estamos ante una esperanzadora floración de Fraternidades de Agustinos Seculares, ante una innegable simpatía por san Agustín. Por eso la iniciativa de un Congreso de Laicos Agustinianos halló una respuesta numerosa y los participantes sugirieron una Guía-marco que ofreciera las notas definitorias de

una Fraternidad Agustiniiana Secular. El panorama plural de la realidad laical agustiniana sugería avanzar en el camino señalado por la *Regla de vida* para las fraternidades agustinianas, publicada el año 1980. Es momento oportuno para ayudar a la organización de esta rica realidad laical, ofreciendo además elementos de profundización en la espiritualidad laical y en su dimensión agustiniana.

En la elaboración de esta Guía-marco ha trabajado, con ilusión y empeño, un grupo de especialistas, de religiosos y de laicos. Ha coordinado la tarea, el SECRETARIADO INTERNACIONAL OSA PARA LOS LAICOS, integrado por los PP. Santiago M. Insunza, Columba O'Donnell, Arno Meyer, José Salvador Roldán y Giovanni Scanavino. Más que un texto definitivo, y por tanto cerrado, se trata de definir, orientar y promover la espiritualidad y los elementos organizativos básicos de los laicos agustinianos. El mismo carácter funcional con que nació la *Regla de vida y Estatutos Generales de los Agustinos Seculares* (1980), tiene hoy este texto renovado.

Con la GUÍA DE LAS FRATERNIDADES DE AGUSTINOS SECULARES se presenta una propuesta de corresponsabilidad y participación en la Familia Agustiniiana desde el ámbito laical. Un documento denso, a caballo entre lo doctrinal y los aspectos organizativos, que puede contribuir a la consolidación de un laicado que, de la mano de la espiritualidad agustiniana, contribuya a la comunión y a la misión. La Iglesia es misión para la comunión (Cf. *Christifideles laici*, 32). Cuando se asume la dimensión misionera de la vocación cristiana, crecen las personas y crece la Iglesia “*pues no diste la fe y la perdiste, o diste la esperanza y la perdiste, o una vez que hayas dado la caridad te quedas sin ella. Son fuentes y manando aumentar*” (Sermón 107 A).

Ponemos este documento en las manos de los laicos agustinos, presentes y futuros, con la esperanza de que sirva para fomentar las fraternidades laicales, ayudándoles en su caminar como hijos de la Iglesia y discípulos de Agustín.

Miguel Ángel Orcasitas,
Prior General OSA

FRATERNIDADES DE AGUSTINOS SECULARES

GUÍA-MARCO

PRIMERA PARTE: ASPECTOS DOCTRINALES

I. PRESUPUESTOS TEOLÓGICOS Y PASTORALES

- 1.1. El discurso teológico y la realidad pastoral
- 1.2. El laico y su lugar en la Iglesia

II. UNA MIRADA A LA ECLESIOLOGÍA AGUSTINIANA

- 2.1. La Iglesia-comunión de san Agustín
- 2.2. Una Iglesia ministerial guiada por un único Pastor y Maestro
- 2.3. Las imágenes de la comunión eclesial
 - El Cristo total
 - Esposo y esposa

III. LA ESPIRITUALIDAD LAICAL AGUSTINIANA

- 3.1. Espiritualidad laical y espiritualidad agustiniana
- 3.2. La espiritualidad agustiniana en un marco secular
- 3.3. Contenido de la espiritualidad agustiniana
 - Grandeza y limitación del ser humano: la vida como búsqueda
 - La interioridad
 - El amor y la comunión
 - La conversión
 - La oración
 - El Cristo total, fundamento de unidad y solidaridad
 - La Iglesia
 - El compromiso con el mundo: la justicia, la paz y la solidaridad
 - El diálogo con la creación

IV. AFIRMACIONES SOBRE LA ESPIRITUALIDAD AGUSTINIANA

- 4.1. El primado de Jesucristo en la espiritualidad agustiniana
- 4.2. El alma de la espiritualidad agustiniana es la caridad
- 4.3. La espiritualidad agustiniana se nutre en la Biblia
- 4.4. La espiritualidad agustiniana convoca a la conversión
- 4.5. La espiritualidad agustiniana privilegia la oración
- 4.6. La espiritualidad agustiniana está al servicio de la evangelización
- 4.7. La espiritualidad agustiniana es eclesial

V. ELEMENTOS BÁSICOS DE UNA FRATERNIDAD AGUSTINIANA SECULAR

- 5.1. Vocación cristiana
- 5.2. Vocación comunitaria
- 5.3. Vocación misionera

VI. SEÑAS DE IDENTIDAD DE UNA FRATERNIDAD AGUSTINIANA SECULAR

- 6.1. Comunidad cristocéntrica
- 6.2. Comunidad que estudia la Biblia
- 6.3. Comunidad orante y celebrativa
- 6.4. Comunidad fraterna y solidaria
- 6.5. Comunidad agustiniana

SEGUNDA PARTE: ASPECTOS ORGANIZATIVOS

VII. LOS LAICOS EN LA FAMILIA AGUSTINIANA

- 7.1. COMMUNIO: Una fraternidad laical de vida consagrada
- 7.2. Fraternidades Agustinas Seculares:
Agustinos Seculares

VIII. ELEMENTOS COMUNES DE UNA FRATERNIDAD AGUSTINIANA SECULAR

- 8.1. Convocatoria y primeros pasos
- 8.2. Contenidos de un Estatuto tipo:
 - I. Naturaleza o identidad
 - II. Constitución de una Fraternidad Agustina Secular
 - III. Finalidad u objetivos
 - IV. Medios
 - V. Estructura de gobierno
 - VI. Admisión
 - VII. Formación
 - VIII. Promesa
 - IX. Funcionamiento
 - X. Asistente Religioso
 - XI. Relación con otras Fraternidades Agustinas

IX. UN MODELO CONCRETO

- 9.1. Itinerario formativo de una FRATERNIDAD AGUSTINIANA
PRIMERA ETAPA: Período de formación
SEGUNDA ETAPA: Integración en la Familia Agustina
- 9.2. Posible esquema de reunión

INTRODUCCIÓN

Como propuesta del **I CONGRESO INTERNACIONAL DE LAICOS AGUSTINIANOS** (Roma, 16-21 de Julio de 1999), nació la GUÍA de las FRATERNIDADES AGUSTINIANAS SECULARES. Un texto aprobado por el Consejo General de la Orden en su reunión del 11 de Octubre de 2000 y promulgado oficialmente por el Capítulo General Ordinario del año 2001.

De este modo, quedan establecidos un denominador común del laicado agustiniano y la estructura básica que permita utilizar con propiedad el nombre de AGUSTINOS SECULARES. Sólo así pueden fijarse unos mínimos para la homologación de un grupo como FRATERNIDAD AGUSTINIANA SECULAR.

Se trata de ofrecer la ayuda de un marco teórico común que admite diferentes modelos o posibilidades de concreción. El estatuto propio lo deben elaborar los miembros de cada Fraternidad, de acuerdo con sus particulares características y circunstancias. Queda abierto, por tanto, un amplio margen de libertad y creatividad.

¿Por qué hablar de *Agustinos Seculares*? Volver los ojos a la historia es, con frecuencia, abrir las ventanas a la luz. Desde los orígenes de la Orden han existido los Agustinos Seculares. Un título que supone una misma espiritualidad, un proceso formativo y una estructura jurídica comunes ¿Cómo, si no, identificar a los laicos agustinianos y articular su participación en la vida de la Familia Agustiniana?

Compartir el nombre de AGUSTINOS es tradición en la Orden y una consecuencia de la Iglesia-comunión proclamada por san Agustín. Un mismo nombre – con la especificación de la secularidad en el caso de los laicos – subraya la unidad en la Iglesia, a la vez que es un signo claro de cercanía.

Aunque hoy el término *comunidad* se utiliza de modo generalizado y también referido a grupos laicales, parece conveniente reservarlo a la Vida Religiosa y, en el contexto de los laicos, hablar de *Fraternidades*. Así se hacía, originariamente, en las Órdenes mendicantes. De este modo, queda subrayada la singularidad del grupo laical y se evitan la confusión y el mimetismo entre la comunidad religiosa y la comunidad laical.

Se ha tenido delante la *Regla y Estatutos de los Agustinos Seculares* (Capítulo General Intermedio de 1980). Un texto que salva, meritoriamente, la dificultad de toda síntesis. Pasados veinte años desde su publicación, tenemos hoy el deber de la gratitud hacia quienes lo elaboraron y la obligación de completarlo y actualizarlo, de acuerdo con la realidad de la Iglesia y del mundo contemporáneo. También se han tenido en cuenta los Estatutos de distintas Fraternidades que existen en el mundo agustiniano y recogido las sugerencias aportadas por laicos de distintos países que han revisado los cinco primeros borradores del texto actual.

En el trabajo pastoral, especialmente en la pastoral juvenil, las *Fraternidades Agustinianas Seculares* deben ser una oferta explícita, junto a la Vida Religiosa y la pertenencia a un Instituto de laicos consagrados. Tres formas de integración en la Familia Agustiniiana para compartir una misma misión y una misma espiritualidad, cada uno desde su propia vocación en la Iglesia.

Existen otras muchas personas, unidas a nuestras obras por motivos diferentes, que también se titulan "laicos agustinos". Desde los profesores de nuestros Colegios, los miembros de una Cofradía o un grupo que se reúne en torno a una obra agustiniana. Para ellos puede ser, igualmente, la primera parte o apartado doctrinal de este documento. Aunque de modo diverso, forman también parte de la Familia Agustiniiana.

La GUÍA DE FRATERNIDADES AGUSTINIANAS SECULARES, sin embargo, tiene como destinatarios directos a los hombres y mujeres que, desde la libertad, optan por estar vinculados jurídicamente a la Familia Agustiniiana a través de la pertenencia a una Fraternidad Secular. Es decir, el documento mantiene la línea que orientó en su día la *Regla y Estatutos de los Agustinos Seculares* (1980) y este Directorio o Guía-marco sustituye, a partir de ahora, aquel texto.

La perspectiva de estas Fraternidades Agustiniianas tiene que ser muy distinta a centrar todo el esfuerzo en subrayar diferencias. En primer lugar, reforzar los elementos comunes, porque *"¡Ay de aquellos que detestan la unidad y se dividen en partidos entre los hombres! Que presten oído a aquel que quería hacerlos a todos Uno, en Uno y para Uno; que presten oído atento a sus palabras: No os hagáis muchos. Yo planté y Apolo regó, mas es Dios el que da el crecimiento. Y ni el que planta es algo ni es algo el que riega, sino Dios, que es el que da el crecimiento. Decían ellos: Yo soy de Pablo, yo de Apolo y yo de Cefas; y él: ¿Es que Jesucristo está dividido? Permaneced siendo en Uno, sed una sola cosa, sed Uno: Nadie subió al cielo sino el que bajó del cielo. Mira que queremos ser tuyo, decían a Pablo. Y él: No quiero que seáis de Pablo, sino de Aquel de quien es Pablo con vosotros"* (Tratados sobre el Evangelio de San Juan 12,9).

En segundo lugar, ser muy conscientes que el servicio a la Iglesia para ser testigos y constructores del Reino en este mundo, así como la dimensión misionera de la fe, deben constituir las preocupaciones de primera fila. La fijación excesiva en el nombre propio o la indiferencia ante la realidad social, llevan, fácilmente, a comportamientos sectarios.

La Constitución conciliar *Lumen Gentium* nos ofrece una descripción positiva del laicado: *"Los fieles que, en cuanto incorporados a Cristo por el bautismo, integrados al pueblo de Dios y hechos partícipes a su modo del oficio sacerdotal, profético y real de Cristo, ejercen en la Iglesia y en el mundo la misión de todo el pueblo cristiano en la parte que a ellos les corresponde"* (n.31). Esta clarificación doctrinal – un mismo y único bautismo y la unidad de misión – exige la complementariedad y la colaboración de todos en la Iglesia. *"Todos, pastores y fieles, estamos obligados a favorecer y alimentar*

continuamente vínculos y relaciones fraternas de estima, cordialidad y colaboración entre las diversas formas asociativas de los laicos" (Christifideles laici, 31).

Las Fraternidades de Agustinos Seculares no confiesan su fe en san Agustín sino en Jesucristo. Tampoco buscan una estatura sobresaliente para ocupar más espacio en la vida de la Iglesia, sino "*estar en medio como el que sirve*" (Lucas 22,27). Conocen sus limitaciones reales y se saben miembros de una Iglesia peregrina, con manchas y arrugas, que se mantiene en pie con la oración (Sermón 181,7).

No se pueden ignorar algunos riesgos. Fundamentalmente, los derivados de la confusión de identidades o de presentar una vocación eclipsando a otras. La apuesta por fomentar las Fraternidades Agustinianas y hacerlas crecer, sin embargo, nos abre a la hermosa experiencia de una Iglesia-comunión y a configurar el rostro de la Familia Agustiniana del futuro.

I. PRESUPUESTOS TEOLÓGICOS Y PASTORALES

1.1. EL DISCURSO TEOLÓGICO Y LA REALIDAD PASTORAL

1. Para el Concilio Vaticano II, la Iglesia es el nuevo Pueblo de Dios, integrado por todos los bautizados, que camina bajo la luz del Espíritu (Cf. Constitución sobre la Iglesia, 2,9-17). Todos los miembros de este pueblo, aunque desempeñan diferentes funciones, forman un todo comunitario y fraterno.

Una primera pregunta que se presenta es la naturaleza y la misión de los laicos. Expresado de otro modo, la reflexión tiene que comenzar por acercarse a la teología que sustenta el propio ser del laicado. Otra cosa es la historia del laicado en la Iglesia, que ha descrito una gráfica claramente ondulante. Es a partir del Vaticano II, sobre todo, cuando se ha redescubierto el protagonismo laical en la comunidad cristiana.

El Vaticano II alumbró una nueva concepción de la Iglesia. La innovación de mayor transcendencia para la eclesiología y para la vida de la Iglesia fue el centrar la teología de la Iglesia sobre la comunión (Cf. *Christifideles laici*, 19). De hecho, la noción de comunión impregnó durante el primer milenio la conciencia de la Iglesia. No se puede olvidar, sin embargo, que el texto de la Constitución sobre la Iglesia se abre con una afirmación fundamental: La Iglesia, primordialmente, es misterio, *“signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano”* (Lumen Gentium, 1). No es comprensible desde fuera, no se puede medir y analizar con los criterios de cualquier otra institución, y cuando hablamos del laicado no estamos pensando, solamente, dónde colocar y qué funciones asignar a un grupo – el más numeroso, sin duda, – de la comunidad eclesial.

La aceptación por la fe de esta realidad humana y salvífica, penetrada de la presencia de Dios, que llamamos Iglesia, es el enfoque válido para situar la reflexión acerca del papel del laico.

2. Decir que la Iglesia es comunión de los fieles, significa que todos los cristianos poseen una auténtica igualdad. *“Aun cuando algunos, por voluntad de Cristo, han sido constituidos doctores, dispensadores de los misterios y pastores para los demás, existe una auténtica igualdad entre todos en cuanto a la dignidad y a la acción común a todos los fieles en orden a la edificación del Cuerpo de Cristo”* (Lumen Gentium, 32). Esta dignidad común ha encontrado una formulación clásica en un hermoso texto de san Agustín que recoge la Lumen Gentium (n.32): *“Si me asusta lo que soy para vosotros, también me consuela lo que soy con vosotros. Para vosotros soy obispo, con vosotros soy cristiano. Aquel nombre expresa un deber, éste una gracia; aquél indica un peligro, éste la salvación”* (Sermón 340,1).

La secularidad, como dato teológico común y anterior a la diversidad de funciones y carismas, se abre a tres formas de realización de la existencia cristiana: El laicado, los ministerios y la Vida Religiosa. Ninguna es derivación de las otras, sino comunión en igualdad diferenciada. Esta es la razón de que el Vaticano II anteponga hablar del pueblo de Dios (capítulo II) al tema de la jerarquía (capítulo III).

3. Bajo la imagen de Pueblo de Dios, presentada en el Capítulo II de la Constitución sobre la Iglesia, subyace la concepción de una Iglesia comunitaria, fraterna y corresponsable que tiene como referencia común el bautismo. Del bautismo nace la base sacramental única y la idéntica dignidad en la Iglesia, como queda reflejado en el capítulo II de la Constitución *Lumen Gentium* y recoge el actual Código de Derecho Canónico (1983): *“Por su regeneración en Cristo se da entre todos los fieles una verdadera igualdad en cuanto a la dignidad y acción, en virtud de la cual todos, según su propia condición y oficio, cooperan a la edificación del Cuerpo de Cristo”* (Canon 208).

La raíz teológica de la figura que el Vaticano II presenta del laico hay que buscarla en el sacramento del bautismo. *“Sólo captando la misteriosa riqueza que Dios dona al cristiano en el santo bautismo es posible delinear la ‘figura’ del fiel laico”* (Christifideles laici, 9). Cuanto más se ahonde en la teología bautismal, se definirá con perfiles más claros la imagen del laico. El bautismo se llama cristiano por su relación con la persona y el misterio de Jesucristo. Los bautizados quedan incorporados a Cristo (Romanos 6,5), vinculados a Jesús en su muerte y su resurrección (Romanos 6,3). Primordialmente, el bautismo es comunión en el misterio pascual de la muerte/resurrección del Señor (Romanos 6,3 ss.; Colosenses 2,11-13). Este fundamento cristológico, se completa con las dimensiones antropológica, pneumatológica, escatológica y eclesiológica.

4. La dimensión antropológica marca el comienzo de algo nuevo. Significa la novedad de un nacimiento con su carga de esperanza, de compromiso, de confianza. Al don de Dios, recibido gratuitamente, le corresponde la respuesta libre del ser humano. Este es el argumento de la conversión como vocación y tarea permanente del cristiano.

Hablar de dimensión pneumatológica es referirse a la igualdad entre la vida en Cristo y la vida en el Espíritu. Es el Espíritu quien hace que el agua produzca el nuevo nacimiento en Cristo y el perdón de los pecados. *“Habéis sido lavados; habéis sido santificados; habéis sido justificados en el nombre de Jesucristo y por el Espíritu de nuestro Dios”* (1 Corintios 6,11).

La dimensión escatológica subraya la vida que espera a todos los bautizados al final de los tiempos. No se puede olvidar que la Iglesia, y con ella los bautizados, se ordena a esta realidad escatológica del Reino que, aunque de modo provisional e imperfecto, ya hay que hacer presente.

Finalmente, la dimensión eclesiológica se refiere a la incorporación del bautizado al cuerpo de Cristo que es la Iglesia (1 Corintios 12). La comunión en *“un solo Señor, una sola fe y un solo bautismo”* (Efesios 4,5), supera todas las diferencias entre los bautizados y da como fruto la comunidad de hermanos. *“Todos vosotros, los que habéis sido bautizados en Cristo, os revestisteis de Cristo... Formáis todos una sola cosa en Cristo Jesús”* (Gálatas 3,27). Sobre este misterio de unidad, san Agustín se expresa así: *“Son muchos hombres y un hombre solo: muchos hombres y un solo Cristo. Los cristianos, juntamente con su cabeza, ascendida a los cielos, forman el único Cristo. No es que Él sea uno y nosotros muchos: en Él, que es uno, nosotros, que somos muchos, somos en realidad una sola cosa. Éste es, pues, el único hombre que en verdad existe: Cristo, cabeza y cuerpo”* (Comentarios a los Salmos 127,3).

5. El paso de una Iglesia desigual – con dos categorías definidas de personas – a una Iglesia de iguales, supone una revisión teológica de los roles no sustanciales al ministerio ordenado y la praxis eclesial. Aunque los signos de los tiempos son un viento a favor de la renovación laical, estamos ante una transición todavía pendiente, un camino todavía por hacer. El proceso iniciado exige avanzar en el campo de la participación y la corresponsabilidad. Es indispensable aceptar este cambio con absoluta honradez y apoyados en una confianza limpia entre todos los miembros del pueblo de Dios. Esta confianza sólo puede nacer de una fe creciente en el poder del Espíritu presente entre nosotros y un amor mutuo cada vez más pleno. Desde la confianza y el amor, sintiéndonos un pueblo que peregrina bajo la luz del Espíritu, es necesario borrar prejuicios mutuos, reconocer la mayoría de edad de los laicos y traducir así en realidades concretas la Iglesia fraternidad de Jesús.

El discurso teológico va por delante de la participación real de los laicos en la vida de la Iglesia y de su presencia evangelizadora en el mundo. Como si se olvidara que *“el mundo se convierte en el ámbito y medio de la vocación cristiana de los laicos”* (Christifideles laici, 15). Aunque el criterio matriz de la eclesiología sea el de laico, todavía hoy falta la explicitación de una teología bautismal desde la que se construye la igualdad esencial de todos los miembros del Pueblo de Dios. Sólo soplando el rescoldo del Vaticano II es posible situar en su lugar – sin equívocos – la identidad laical y la identidad sacerdotal y religiosa. Tan importante como hablar de la igualdad entre laicos, ministerios sagrados y religiosos (Lumen Gentium, 32), es subrayar que se trata de una igualdad diferenciada. Diversidad y complementariedad en la unidad de un mismo Espíritu.

1.2. EL LAICO Y SU LUGAR EN LA IGLESIA

6. No es fácil borrar unos hábitos y un lenguaje que han tenido vigencia durante siglos. Supone tanto como mover la historia. Cuando algunos oyen hablar de la hora de los laicos, adoptan posturas de recelo porque piensan que estamos ante un tema peligroso. Como si subrayar el protagonismo laical pudiera depreciar a los sacerdotes y a los religiosos o equivaliese a la irrupción en la Iglesia de un ejército invasor. También hay actitudes laicales reivindicativas y de rechazo a cualquier diferenciación jerárquica.

Toda la Iglesia (aunque no todos sus miembros en el mismo grado y con idénticas tareas) es sacerdotal, profética y real. Nadie puede administrar la participación de los laicos en la vida de la Iglesia como si fuera una delegación o una concesión gratuita que, según circunstancias, se amplía o reduce. *“El deber y el derecho del seglar en el apostolado, derivan de su misma unión con Cristo cabeza. Insertos por el bautismo en el cuerpo místico de Cristo, robustecidos por la confirmación en la fortaleza del Espíritu Santo, es el mismo Señor el que los destina al apostolado”* (Apostolicam Actuositatem, 3).

7. El diseño de una nueva teología del laicado quedaría en algo abstracto sin la concreción de unas tareas determinadas. No se trata de estar en el mundo secular – ahí estamos todos – sino de que el laico entre en relación con ese orden temporal de forma diferente. En ese mundo – tejido por realidades como el matrimonio, la familia, el trabajo, la acción política, la

economía, la cultura, la investigación científica, etc. – desempeña su ministerio y anuncia la buena nueva del Reino con los hechos cotidianos. La Exhortación Apostólica Evangelii Nuntiandi, del Papa Pablo VI, recuerda a los laicos que “*el campo propio de su actividad evangelizadora es el dilatado y complejo mundo de la política, de la realidad social, de la economía, así como también de la cultura, de las ciencias y de las artes, de la vida internacional, de los órganos de comunicación social, y también de otras realidades particularmente abiertas a la evangelización, como el amor, la familia, la educación de los niños y de los adolescentes, el trabajo profesional, el sufrimiento*” (n.70).

8. En relación con la promoción, formación y actividad pastoral del laicado, el Documento de Santo Domingo (1992), insiste en cuatro aspectos: Primero, su compromiso en el campo de las realidades temporales (familia, cultura, economía, política, educación, medios de comunicación social...) y no sólo en funciones intraeclesiales. En segundo lugar, el acompañamiento de asociaciones y movimientos laicales, para evitar el repliegue sobre sí mismos, la desconexión con la pastoral de conjunto y la falta de inculturación en el propio contexto. En tercer lugar, el reconocimiento del papel evangelizador de la mujer y la lucha contra su marginación (social y eclesial). Finalmente, en cuarto lugar, la necesidad de reafirmar la opción preferencial por los jóvenes, asumir la cultura juvenil y abrir para ellos espacios de participación en la Iglesia y la evangelización, potenciando la adecuada pastoral juvenil (nn. 95-120).

9. La llamada *hora de los laicos* tiene su prólogo en el siglo XIX. A pesar de una eclesiología de base muy clericalizada – hasta el punto de parecer que los laicos fueran un apéndice de la jerarquía – y sin superar los dualismos clásicos, sagrado-profano, espíritu-carne, clérigos-laicos, ya se proclamaba entonces el principio de que los laicos tienen como misión apostólica consagrar el mundo a Dios.

Que se ponga hoy acento destacado en el papel de los laicos debe obedecer a una razón teológica y no al cuadro estadístico de las vocaciones religiosas y ministeriales. En consecuencia, la función de los laicos nunca se puede entender como una suplencia. La raíz de la vocación laical hay que buscarla en el surco de una nueva concepción de la Iglesia, y de una visión del entorno de la creación que zanja para siempre el cisma entre la Iglesia y el mundo, la materia y el espíritu. Todavía no se puede hablar de una adecuada interpretación de estos binomios tradicionales. Acotar parcelas es legítimo pero, en ocasiones, se levantan, a su alrededor, muros insalvables.

II. UNA MIRADA A LA ECLESIOLOGÍA AGUSTINIANA

2.1. LA IGLESIA COMUNIÓN DE SAN AGUSTÍN

10. San Agustín concibe la Iglesia como comunión. Con esta realidad, expresada a través de una terminología diversa, se refiere a un significado múltiple. De este modo, la teología agustiniana nos ayuda, ciertamente, a evitar los peligros de una eclesiología en la que prevalezca la visión parcial de un elemento sobre los demás o de un grupo contrapuesto a otro.

La preocupación principal de la eclesiología agustiniana es reflejar con fidelidad la revelación bíblica y manifestar la unidad de la Iglesia y en la Iglesia, antes de cualquier distinción de personas, de funciones o de ministerios. El Espíritu Santo crea la comunión en la Trinidad, entre la Trinidad y los seres humanos, y los hombres entre sí (Sermón 71,18). Como consecuencia, una Iglesia desvinculada del Espíritu deja de ser Iglesia y, si posee el Espíritu, es comunión con Dios y entre sus miembros. Es la unidad con Cristo y en su Espíritu la que cuenta por encima de todo, para que haya Iglesia y se pueda hablar de Iglesia

La unidad del Cuerpo de Cristo constituye para san Agustín la tesis fundamental de la teología de la Iglesia. *“Este testimonio atestigua de Cristo y de la vida, es decir de la Cabeza y del Cuerpo, del Rey y del pueblo, del Pastor y del rebaño, y de todo el misterio de las Sagradas Escrituras: de Cristo y la Iglesia”* (Comentarios a los Salmos 79,1). Esta Iglesia-comunión es el marco donde sitúa el Vaticano II el tema de los laicos y el punto de arranque de la reflexión que se ha venido haciendo, posteriormente, acerca de la teología del laicado. El propio Juan Pablo II vuelve sobre este tema. Sólo se podrá comprender adecuadamente la misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo, si nos situamos en el contexto vivo de la Iglesia-comunión (Christifideles laici, 18).

11. En la catequesis habitual de san Agustín se nota una marcada insistencia sobre la llamada a la Iglesia como único cuerpo para que todos sus oyentes, sin ninguna distinción, maduren en esta visión y mentalidad: Todos pertenecemos al mismo cuerpo; todos debemos manifestarnos como un único cuerpo; todos debemos formar un único cuerpo: *“El Cristo total es cabeza y es cuerpo, lo que no dudo que vosotros ya sabéis...”* (Comentarios a los Salmos 56,1).

Para san Agustín, fiel a la antigua tradición patristica, no se puede entender la Escritura sin utilizar como principio fundamental de interpretación la unión de Cristo y de la Iglesia, cabeza y miembros del Cristo total.

Hecha la distinción debida de naturaleza entre la Cabeza y el Cuerpo, la identidad del único Cuerpo garantiza el único sujeto de la historia presente y futura, o mejor, de un futuro que se ha iniciado ya en el presente. La Iglesia es en el tiempo, la extensión de la encarnación y de la misma historia de Cristo. En la Iglesia continúa sufriendo Cristo y en ella se completa su sufrimiento, como antes la Iglesia ha sufrido en Cristo, su cabeza. *“Como conocemos ya la cabeza y el cuerpo, Él es la cabeza y nosotros el cuerpo, cuando oímos su voz, debemos entenderla como procediendo de la cabeza y del cuerpo, porque todo cuanto padeció, también lo padecemos nosotros en Él, y, asimismo, lo que padecemos nosotros, Él lo padece en nosotros. Si en el hombre padece algo la*

cabeza, ¿podemos decir que no lo padecen las manos? O si padecen algo las manos, ¿puede decirse que no lo padece la cabeza?” (Comentarios a los Salmos 62,2; Cf. Id. 61,4).

12. El misterio del Cuerpo de Cristo llega a ser, igualmente, el fundamento de la esperanza de la Iglesia en el tiempo: las tensiones, los gemidos, las impaciencias, en una palabra su espera, se mantienen por su inserción en el Cuerpo de Cristo, cuya Cabeza está ya en la gloria. *“Esperamos la misma herencia, la vida eterna. Todavía no la ha recibido todo el cuerpo, dado que, aunque la cabeza está en el cielo, los miembros se hallan aún en la tierra. No va a recibir la herencia sólo la cabeza y el cuerpo va a ser abandonado. Es el Cristo total quien recibirá la misma, el Cristo total en cuanto hombre, es decir la cabeza y el cuerpo. Somos miembros de Cristo; esperemos, pues, la herencia”* (Sermón 22,10; Cf. Comentarios a los Salmos 88,s.1,5).

2.2. UNA IGLESIA MINISTERIAL GUIADA POR UN ÚNICO PASTOR Y MAESTRO

13. Cuando san Agustín distingue los diferentes ministerios en la Iglesia, también se refiere siempre a su ministerio de unidad. Como pastor se considera en un lugar más elevado de su rebaño, únicamente por razón de la tarea que se le ha encomendado de enseñar y vigilar. Aunque para vigilar necesita estar más alto, no considera que sea una posición de privilegio o de poder que lo distinga claramente de sus fieles. Es una cualidad ministerial, de servicio (más bien pesada, incómoda y peligrosa), que le empuja, por el contrario, a considerar la posición más segura, de verdadera dignidad, que comparte con todos sus hermanos bautizados: *“ Para vosotros soy obispo, con vosotros soy cristiano”* (Sermón 340,1).

14. Cristo y su Espíritu nos hacen partícipes de algunas características, carismas, que nunca deben ser ejercitados sin olvidar el origen y el valor que proceden de la misma fuente. La tarea de maestro y pastor hace referencia constante al verdadero Maestro y Pastor, del cual todos somos discípulos y rebaño, incluso los llamados maestros y pastores. Todos los discípulos debemos estar solícitos a las enseñanzas y la guía del verdadero Maestro y Pastor, a través del cultivo de la propia interioridad. El verdadero Maestro enseña a todos en la cátedra del propio corazón.

Así, el verdadero supremo Pastor no cesa de guiar a su rebaño, incluso cuando sus pastores subalternos buscan sólo sus intereses y no apacientan el rebaño según el corazón de Cristo: *“¿Quiénes son los que se apacientan a sí mismos? Aquellos de quienes dice el Apóstol: Todos buscan sus intereses, no los de Jesucristo (Flp 2,21). Nosotros, a quienes el Señor nos puso, porque así Él lo quiso, no por nuestros méritos, en este puesto del que hemos de dar cuenta estrechísima, tenemos que distinguir dos cosas: que somos cristianos y que somos pastores vuestros. El ser cristianos es en beneficio nuestro; el ser pastores, en el vuestro.(...) Puesto que los pastores están puestos para cuidar de aquellos a cuyo frente están, en el hecho de presidir no deben buscar su propia utilidad, sino la de aquellos a quienes sirven; todo el que es pastor y se*

goza de serlo, busca su propio honor y mira solamente sus comodidades, se apacienta a sí mismo, no a las ovejas” (Cf. Sermón 46,2).

15. Es mejor sentirse parte del rebaño que ejercitar una tarea de responsabilidad: *“Son muchos los que siendo cristianos sin ser pastores, llegan hasta Dios, quizá caminando por un camino más fácil y de forma más rápida, en cuanto llevan una carga menor. Nosotros, por el contrario, dejando de lado el hecho de ser cristianos, y según ello, hemos de dar cuentas a Dios de nuestra vida. Si os digo esto es para que compadeciendoos de nosotros, oréis por nosotros”* (Sermón 46,2.14).

En su caminar con el pueblo de Dios, san Agustín se reconoce, al mismo tiempo, maestro y discípulo. *“Yo os custodio – comenta a sus fieles – por el oficio de gobierno, pero quiero ser custodiado con vosotros. Yo soy pastor para vosotros bajo aquel Pastor. Desde este lugar os hablo a vosotros como quien enseña; pero con vosotros soy condiscípulo en la escuela del único Maestro”* (Comentarios a los Salmos 126,3).

Como Obispo, realiza un ministerio, un servicio, pero el único que enseña es Jesucristo: *“Todos tenemos un solo Maestro y en su escuela todos somos condiscípulos”* (Tratados sobre el Evangelio de San Juan 16,3). No cesa de repetir a los oyentes su título de fiel cristiano en la Iglesia y de los riesgos que corre al tener que hablar de Dios. *“ Y yo, hermanos, que me propongo hablaros a vosotros, quiero que penséis quién soy yo, y cuál es la tarea que me he impuesto... (...) Lo que según mi capacidad entiendo, eso es lo que os pongo en la mesa; cuando se me muestra, me alimento con vosotros, y cuando se me oculta, suplico con vosotros”* (Tratados sobre el Evangelio de San Juan 18,1). Lo que importa en la Iglesia es acoger la Palabra en el corazón, pues *“en el interior, todos somos oídos”* (Sermón 179,7). Es la idea que expresa gráficamente san Agustín cuando dice que *“los mismos pastores son también ovejas”* (Tratados sobre el Evangelio de San Juan 123,5).

16. En diferentes ocasiones manifiesta san Agustín su preferencia por aprender antes que enseñar. No se dirige a los fieles como doctor perfecto, sino como quien desea también progresar en el aprendizaje (Carta 266,2). Y, con estremecimiento, describe el oficio de pastor en la Iglesia. *“Quienes apacientan las ovejas de Cristo con ánimo de hacerlas suyas propias y no de Cristo, claramente manifiestan que se aman a sí mismos y no a Cristo, haciéndolo con vistas a la gloria, al poder o a la codicia”* (Tratados sobre el Evangelio de San Juan 123,5).

Cuando habla de algunas tentaciones que se dan en la Iglesia, piensa en los clérigos y en los laicos. *“La tentación del gobierno, la tentación del peligro en la dirección de la Iglesia, nos toca de manera particular a nosotros. Pero, ¿cómo seréis también vosotros extraños a ella, si peligra toda la nave? He dicho esto para que en esta cuarta tentación, aunque peculiar nuestra, sea necesario que no desistáis de la oración, porque vosotros sois los primeros que naufragáis; por tanto, no seáis menos solícitos, no os canséis de orar por nosotros. ¿Pues acaso, hermanos, porque no os sentáis junto al timón, no navegáis en la misma nave?”* (Comentarios a los Salmos 106,7).

2.3. LAS IMÁGENES DE LA COMUNIÓN ECLESIAL

17. El lenguaje agustiniano nos ayuda a recuperar una eclesiología de comunión, que es fundamental para entender y vivir el misterio de la Iglesia. Seleccionamos dos expresivas imágenes complementarias: El Cristo total y el esposo y la esposa. El Cristo total (cabeza y cuerpo) es la imagen que nos debe guiar constantemente para comprender la realidad verdadera de la Iglesia, su relación dinámica con Cristo, la continuidad de esta relación en un único sujeto histórico, incluso en la distinción entre la Cabeza y el Cuerpo. El esposo y la esposa es otra imagen que, partiendo de la distinción de los sujetos, recupera la unidad en la relación interpersonal y en el misterio del amor (una sola carne).

EL CRISTO TOTAL

18. En cuanto miembros del Cuerpo entero, estamos ya con Él. “Ser con” (Él con nosotros y nosotros con Él), es una categoría que subraya la participación de la Iglesia en los acontecimientos de Cristo: Es toda una comunicación de características que hace a la Iglesia histórica y pecadora también divina y partícipe ya en la historia de la condición gloriosa de su Cabeza.

Todos los miembros, por su bautismo, conforme a un idéntico título, son como Cristo: En su humanidad hemos sido consagrados por el mismo Espíritu y somos también Cristo: *“Los cristianos son el mismo Cristo” “... nosotros somos cuerpo de Cristo, porque todos somos unguidos, y todos estamos en Él, siendo Cristo y de Cristo, porque en alguna manera el Cristo total es cabeza y cuerpo”* (Comentarios a los Salmos 26,2,2). *“Felicitémonos, pues, a nosotros mismos y seamos agradecidos; se nos ha hecho llegar a ser no sólo cristianos, sino Cristo mismo. ¿Os dais cuenta, hermanos, comprendéis lo que Dios nos ha hecho? Es para que os llenéis de admiración y de alegría. Se nos ha hecho llegar a ser Cristo mismo. Porque, si Él es la cabeza y nosotros somos los miembros, todo el hombre es Él y nosotros”* (Tratados sobre el Evangelio de San Juan 21,8; Cf. Id. 108, 5).

19. Ser con Cristo y como Él, significa participar de su santidad. Esta santidad es suya, pero es real también para nosotros. No podemos ignorarla sin ser desagradecidos, del mismo modo que debemos reconocerla para ser humildes. *“Si dice que fuimos santificados, diga también cada uno de los fieles: Soy santo. Esta no es soberbia de engreídos, sino confesión de agradecidos. Si dijeres que eras santo por tí, serás soberbio. Asimismo, si siendo fiel de Cristo y miembro de Cristo dijeres que no eres santo, serás ingrato”* (Comentarios a los Salmos 85,4).

Ser como Él, participar de su Espíritu, significa participar de su capacidad generadora: llegar a ser madres de Cristo, capaces de alumbrarlo en los hermanos de la misma forma que la Iglesia. *“Por la palabra del Señor vemos que la Iglesia es hermanos, y hermanas, y madre del Señor... Porque el mismo Cristo se halla en los cristianos, a quienes por el bautismo todos los días engendra la Iglesia. Luego en los mismos que entiendes que es esposa, es madre y es hijo”* (Comentarios a los Salmos 127,12).

ESPOSO Y ESPOSA

20. Ser con Él es la misma experiencia de los esposos (Cf. Comentarios a los Salmos 127,12) que llegan a ser una sola carne. Esta misma carne ha sido asumida por el único Verbo, por lo cual la experiencia terrena de la Iglesia llega a ser la misma experiencia de Cristo, excepto, naturalmente, en el pecado. Así, la experiencia del Cristo total lleva a la Iglesia hasta los límites del tiempo y del espacio a vivir el tiempo de Dios, más allá de la confusión de este mundo.

En el esquema del matrimonio se subraya la impaciencia de la espera por la intensidad del amor. En este amor estamos invitados a las bodas y nosotros mismos formamos parte de estas nupcias. Invitados y esposa. *“¡Grandioso misterio! Hemos sido invitados a la boda y nosotros mismos somos la boda. En las bodas humanas, una es la esposa y otros los invitados. Nosotros somos, a la vez, los invitados y la esposa, pues somos Iglesia y estamos invitados en la Iglesia”* (Sermón 265 E, 5). Estamos en la Iglesia y somos Iglesia: *“Os amonesto y ruego que améis a esta Iglesia, permanezcáis en esta Iglesia, y seáis de esta Iglesia”* (Sermón 138,10).

III. LA ESPIRITUALIDAD LAICAL AGUSTINIANA

3.1. ESPIRITUALIDAD LAICAL Y ESPIRITUALIDAD AGUSTINIANA

21. La espiritualidad cristiana consiste en vivir según el Espíritu de Jesucristo. El seguimiento de Jesús, común a todo bautizado, es la base de la espiritualidad. Este es el programa único de todos los cristianos. La personalidad singular de algunos hombres y mujeres y las encarnaciones diversas que ellos mismos han hecho del evangelio, dan nombre a un amplio catálogo de espiritualidades. Así, detrás del sustantivo espiritualidad cristiana, se añade el adjetivo agustiniana, franciscana, dominicana, carmelitana... Modelos diferentes, fruto de la fecundidad del Espíritu, que tienen su convergencia en el seguimiento de Jesucristo. *“Nosotros que somos y nos llamamos cristianos, no creemos en Pedro, sino en el mismo que creyó Pedro... El mismo Cristo, maestro de Pedro, es también nuestro maestro en la doctrina que lleva a la vida eterna”* (La Ciudad de Dios 18,54,1).

Hablar de una espiritualidad laical no es plantear un tipo de espiritualidad en competencia con otras. La teología ha querido mostrar cómo la secularidad es característica de toda la Iglesia y no un signo exclusivo de los laicos. El carácter secular o laical de la Iglesia se entiende en el contexto de una eclesiología de comunión (Cf. LG 4; AG 2). Dentro de la única misión, compartida en la Iglesia por todos los bautizados, se puede hablar de tareas específicas. Son muchas más, sin embargo, las comunes que las particulares.

22. Limitar el seguimiento de Jesucristo a un grupo dentro de la Iglesia, sería no valorar el Bautismo, fundamento de nuestra incorporación a Jesucristo. *“El que quiera seguirme, niéguese a sí mismo”* (Mt 16,24). *“Esto no es cosa que deban oír sólo las vírgenes y no las casadas; sólo las viudas y no las esposas; sólo los monjes y no los casados; sólo los clérigos y no los laicos; toda la Iglesia, todo el cuerpo, todos los miembros con sus funciones propias y distintas, es la que ha de seguir a Cristo”* (Sermón 96,7, 9). A partir de esta nota común – el seguimiento – se puede hablar de una espiritualidad específica del laicado. Como también es legítimo hablar de una espiritualidad agustiniana si fijamos la atención en el itinerario de fe recorrido por san Agustín. De este modo, la espiritualidad agustiniana es un indicador en el camino cristiano.

Sabemos que tenemos que caminar, pero, con frecuencia, no sabemos cómo hacerlo. Surgen, así, los maestros o los guías espirituales que nos ayudan a crear un espacio para Dios en nuestra vida, a relacionarnos con Él y a descubrir la presencia de Jesús en la humanidad más desvalida (Cf. Mt 25,40). El territorio de la espiritualidad no son, solamente, las realidades relacionadas con Dios, sino que es todo lo humano.

23. Ninguna espiritualidad es monopolio de un grupo, sino que las distintas espiritualidades forman parte del patrimonio de toda la Iglesia. Laicos y Religiosos podemos compartir una misma espiritualidad y establecer una interrelación que nos enriquezca mutuamente. En la Exhortación Apostólica *Vida consagrada* aparece seis veces la expresión *“intercambio de dones”* (47,54,62,82,85,101).

Acercándonos ya a la espiritualidad agustiniana, se trata de una concepción del ser humano como espejo y reflejo de Dios. El ser humano, misterio (Confesiones 4,14,22) y abismo (Comentarios a los Salmos 41,13), hinchado e inestable como el mar (Confesiones 13,20,28), se siente vulnerable y necesitado, al descubrir que lleva a flor de piel la marca de su pecado (Confesiones 1,1). La confesión de esta indigencia radical se traduce en búsqueda *“Nos hiciste Señor para Ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti”* (Confesiones 1,1,1). Este camino de búsqueda de Dios lo concibe san Agustín en comunidad. A la hora de elegir un modelo comunitario, considera que la comunidad de Jerusalén es el ideal de vida cristiana (Sermón 77,4): *“Tenían un alma sola y un solo corazón”* (Hch 4,32-35).

3.2. LA ESPIRITUALIDAD AGUSTINIANA EN UN MARCO SECULAR

24. Los trazos específicos de la espiritualidad agustiniana hay que buscarlos en el mismo san Agustín, en las líneas que definen su experiencia humana y creyente. Agustín, hombre-cristiano es compañero de camino, condiscípulo (Sermón 134,1), obrero de la viña como nosotros, que trabaja según las fuerzas que Dios le da (Sermón 49,2).

La vocación y la misión de los bautizados son idénticas (Cf. *Christifideles laici*, n.16), pero la condición laical tiene sus rasgos propios, su campo, aunque no exclusivo, de acción evangelizadora (Cf. *Evangelii nuntiandi*, 70). Se puede, entonces, afirmar que *“los seglares ejercen su múltiple apostolado tanto en la Iglesia como en el mundo. En uno y otro orden se abren varios campos de actividad apostólica, de los que queremos recordar aquí los principales. Estos son: las comunidades de la Iglesia, la familia, la juventud, el ambiente social, los órdenes nacional e internacional. Y como en nuestros días las mujeres tienen una participación cada vez mayor en toda la vida de la sociedad, es de gran importancia su participación igualmente creciente en los campos del apostolado de la Iglesia”* (*Apostolicam actuositatem*, 9).

25. No sirve, sin embargo, una definición del laico y una espiritualidad laical basadas, exclusivamente, en su estar en el mundo. Sería fijarse de modo unilateral en lo que es el escenario del laico – escenario que, por otra parte, comparten todos los miembros de la Iglesia – y volver a levantar barreras entre la Iglesia y el mundo. El fundamento de la espiritualidad laical es la espiritualidad cristiana. También cuando hablamos de la espiritualidad agustiniana en un marco secular. Espiritualidad que se inserta en el amplio marco del discipulado de Jesucristo y contempla la identidad cristiana y las realidades temporales con ojos agustinianos. Es decir, una espiritualidad que tiene en la caridad su centro y su norte, se humaniza en unas notas características y se proyecta en la misión evangelizadora desde dentro del mundo.

3.3. CONTENIDO DE LA ESPIRITUALIDAD AGUSTINIANA

26. San Agustín es padre de una espiritualidad o de una cosmovisión cristiana que, aunque no aparezca sistematizada orgánicamente en ninguna de sus obras, su armazón se puede ensamblar a partir de los conceptos

fundamentales de su pensamiento. Es posible seguir el itinerario cristiano de la espiritualidad agustiniana porque san Agustín nos dejó el relato de su camino humano-religioso y de su encuentro consigo mismo, con los demás, con la naturaleza y con Dios. Su vida pasa por dos grandes experiencias: la experiencia humana y la experiencia de Dios. Dios y el hombre son dos temas que se turnan y entremezclan en su pensamiento. No se puede tomar en serio a Dios si no se valora lo humano y viceversa. Esta visión unitaria es un proyecto incitante frente a los humanismos que presentan la disyuntiva Dios-hombre.

27. El proceso completo va del encuentro con uno mismo al encuentro con Dios. *“Y si encuentras que es mudable tu naturaleza, transciéndete a ti mismo”* (La verdadera religión 39,72). Porque el ser humano está habitado por Dios, tiene hambre de trascendencia y, desafiando la ley de la gravedad, siente inclinación hacia lo alto (La Ciudad de Dios 22, 24,4). Somos como una moneda que en una de sus caras lleva impreso el cuño de Dios y en la otra nuestra imagen (Comentarios a los Salmos 66,4). La afirmación de la trascendencia no significa, de ningún modo, renunciar a lo humano.

Ver a Dios desde el hombre y ver al hombre desde Dios, constituye una de las intuiciones luminosas de san Agustín. El camino parte de uno mismo. *“He aquí, pues, el orden de los estudios: el alma que se entrega a la filosofía debe comenzar por mirarse a sí misma”* (El orden 2,18,48).

GRANDEZA Y LIMITACIÓN DEL SER HUMANO. LA VIDA COMO BÚSQUEDA

28. Contempla san Agustín al ser humano y todas las cosas creadas con ojos de admiración. *“Es, pues, necesario conocer al Hacedor por las criaturas y descubrir en éstas, en una cierta y digna proporción, el vestigio de la Trinidad”* (La Trinidad 6,10,12). El género humano es el adorno más bello de toda la tierra (Cf. La Ciudad de Dios 19,13,2). *“Creó Dios al hombre recto, como está escrito, y por ello con una voluntad buena”* (La Ciudad de Dios 14,11,1). Abierto a inmensas posibilidades y dotado de gérmenes de inteligencia y sabiduría que Dios sembró en toda alma (Cf. Sermón 117,11). Al mismo tiempo, vislumbra la fragilidad de la existencia humana, que se ve envuelta en una pugna infeliz consigo misma (Cf. La Ciudad de Dios 21,15) y todo lo que tiene de abismo, de contradicción y de misterio. El alma humana es el lugar donde surgen los interrogantes más profundos y donde se libra la lucha íntima entre voluntades rivales: *“... mis dos voluntades, una vieja y otra nueva, una carnal y otra espiritual, peleaban entre sí. Este antagonismo destrozaba mi alma”* (Confesiones 8,10). Es el misterio de la libertad, la pretensión de hacerse a sí mismo al margen de Dios. La voluntad ha sido creada por Dios naturalmente buena, pero también mudable. Puede apartarse del bien para hacer el mal y puede apartarse del mal para hacer el bien, con la ayuda de Dios (Cf. La Ciudad de Dios 15,21). Esta conciencia de ser portadores de debilidad (Cf. La Ciudad de Dios 14,9,4), confiere a la vida carácter trágico. La vocación de verdad y felicidad se logra colmadamente, en la figura de Jesucristo, maestro, médico y modelo. *“El Hijo único de Dios por naturaleza, se ha hecho Hijo de hombre por amor misericordioso hacia nosotros, a fin de que nosotros, hijos de hombre por*

naturaleza, lleguemos a ser en él, por gracia, hijos de Dios” (La Ciudad de Dios 21,15).

29. San Agustín construye su pensamiento acerca del ser humano sobre la fuente de la Biblia porque es la norma de toda búsqueda, maestra de verdad y de amor y regla del vivir cristiano (Cf. La doctrina cristiana 2,7,10; Sermón 46,11,24...). Presta particular atención al libro del Génesis donde se afirma que fuimos creados a imagen y semejanza de Dios. Pero, por ser creados de la nada, limitados y desgarrados interiormente por la presencia del pecado (Confesiones 8,10,22). Cristo Jesús, Mediador de Dios y los hombres (Cf. La Ciudad de Dios 10,22) se brinda como experiencia novedosa y como esperanza de vida transformada. *“Sin perder nada de su divinidad, se hizo partícipe de nuestra debilidad. Así nosotros podremos ser transformados, mejorando por la participación de su ser inmortal y santo”* (La Ciudad de Dios 21, 15). Jesucristo, *“fuente de vida que vino a revestirse de nuestra carne, es el imán de nuestros deseos”* (Sermón 142,9).

30. En lo hondo del ser humano está Dios, habita la verdad (La verdadera religión, 39,72). El hombre admira todas las cosas y él mismo es digno de asombro, escribe en el Sermón 126,3,4. Esta admiración supone pasión por todo lo humano, por la verdad, por la vida. La creación entera es un gran espectáculo que nos habla de Dios (Cf. Sermón 313 D, 2-3; Sermón 293,5; Sermón 241,2). Se puede, por tanto, seguir un proceso de ascensión a Dios desde el interior de uno mismo y desde la creación. Las etapas del proceso van de lo exterior a lo interior y de lo inferior a lo superior.

El método agustiniano pone el acento en la interioridad y la trascendencia. Si se pone el corazón en las cosas, se corre el riesgo de amar las obras y despreciar al Creador (Cf. Sermón 313 A, 2). El ser humano se descentra y se inquieta cuando se altera el orden en el amor y no responde a su vocación de Dios (Cf. Confesiones 1,1,1 y 6,16,26). Al lado de la grandeza humana, está su condición de suma pobreza. Es el doble abismo de quien arrastra como hombre, la miseria del mendigo (Cf. El orden 1,2,3) y descubre que hay en él algo que le desborda (Cf. Confesiones 10,8,15).

Este asomarnos a lo desconocido, lo profundo, convierte la vida humana en inquietud y en búsqueda. Borrar el asombro o desencantar la naturaleza es poner el pie en el camino de la deshumanización. La dimensión filosófica y mística de todo ser humano puede quedar asfixiada por el torbellino de la actividad. Al experimentar la holgura del propio corazón y de las preguntas que le rodean, el hombre se abre a una verdad mayor que la ofrecida por la ciencia. Emergen así los signos de la vida, la presencia del Espíritu. *“Busquemos para encontrar, y encontremos para seguir buscando. Pues el hombre cuando cree terminar, entonces comienza”* (La Trinidad 9,1,1), es la invitación agustiniana para quien quiera vivir más allá del cerco de lo inmediato y horizontal.

El paraíso terrestre ofrece insatisfacción y desencanto porque ignora el fondo abismal humano. No se puede vivir de espaldas a eso más personal y subjetivo que llamamos las preguntas últimas, la cuestión del sentido.

LA INTERIORIDAD

31. La interioridad y la comunión son las categorías base del pensamiento agustiniano. En esa relación del ser humano consigo mismo y con los demás se juega su equilibrio y su felicidad. Estamos, sin duda, ante los valores eje de la antropología y de la espiritualidad agustinianas. A quien anda volcado y disperso en lo exterior, le resulta difícil entrar en su interior (El orden 2,11,30). Sólo cuando entra dentro de sí mismo (La verdadera religión 39,72,73), se distancia de la vida de los sentidos (El orden 1,1,3) y vuelve a su corazón (Comentarios al Evangelio de San Juan, 18,10), es capaz de conocer y conocerse.

La ventana de los sentidos permite, únicamente, asomarnos a la exterioridad. Se pueden admirar paisajes y, sin embargo, ignorarse a sí mismo (Confesiones 10,8). Por eso el hombre sin interioridad es un ser anónimo, sin misterio, sin curiosidad. La interioridad es el lugar de las preguntas y de las certezas.

El sentimiento de identidad – quién soy yo – y la religiosidad – quién es Dios – emergen de la interioridad. El autoconocimiento me identifica, la religiosidad descubre que mi vida me desborda porque puedo ir más allá de mis propios límites. Esta profunda dimensión humana de la interioridad es un lugar privilegiado para la plena humanización, para divisar a Dios. *“Vuelve a tu corazón, y desde él asciende a tu Dios. Si vuelves a tu corazón, vuelves a Dios desde un lugar cercano. Si te molestan todas estas cosas, es que has salido de ti; eres un exiliado de tu corazón. Te sientes movido por las cosas que están fuera y te pierdes”* (Sermón 311,14,13).

32. San Agustín cultivó la vida interior y experimentó su gozo: *“Porque tú eres la luz permanente a quien yo acudía para consultar sobre la existencia, naturaleza y valor de todas las cosas. Y yo escuchaba tus enseñanzas y tus órdenes. Sigo haciendo esto con frecuencia. Me llena de gozo. Por eso, siempre que puedo liberarme de los quehaceres forzosos, me refugio en este placer”* (Confesiones 10,40,65). La interioridad no como huida, sino raíz de la propia vida, casa de la verdad (Cf. El maestro 11,38), espacio para la escucha del Maestro interior y el reconocimiento de la verdad que lleva el ser humano impresa dentro de sí (Cf. Carta 19,1).

La experiencia religiosa de san Agustín es la de un Dios que está dentro de él, más íntimo que la propia intimidad (Confesiones 3,6,11). Este Dios, despertador de preguntas, nos ha hecho para Él y ha sembrado en nuestro corazón la inquietud hasta que no descansemos en su encuentro (Confesiones 1,1,1). Apartarse, contemplar, volver al corazón, atender a la propia subjetividad, son el contrapunto agustiniano a la cultura de la exterioridad.

EL AMOR Y LA COMUNIÓN

33. Interioridad y comunión se complementan. En el viaje a la interioridad, san Agustín encuentra el espacio para el diálogo con Dios en la oración, el amor como primera vocación humana y la llamada a la conversión.

El san Agustín pensador especulativo es un san Agustín mutilado. La vida y la experiencia son fuentes inagotables de sus reflexiones. Pasea su mirada por su propia historia personal, por la sociedad, por el entorno que le rodea, y llega a la conclusión de que el amor es el motor de la vida: *“Cada uno vive según aquello que ama”* (La Trinidad 13,20,26). También los pueblos se definen por sus amores. Para ver cómo es cada pueblo hay que examinar lo

que ama (La Ciudad de Dios 19,24). Si se atrofia el amor, se paraliza la vida (Cf. Comentarios a los Salmos 85,24).

34. La vida de san Agustín es la historia de un enamorado. Habla con emoción de su amigo del alma (Confesiones 4,4,7 - 7,12) y confiesa que sin los amigos no podía sentirse feliz (Confesiones 6,16,26). Hasta tal punto es la amistad una necesidad vital para él, que no se siente con fuerzas ni siquiera para servir a Dios en solitario (Cf. Las costumbres de la Iglesia católica 31,67). Convivió fielmente (Confesiones 4,2,2) con una mujer que le dio un hijo (Id. 6,15,25) y lloró la muerte de su madre Mónica con ejemplar amor filial (Id. 9, 29 y ss.).

Se podría pensar que san Agustín, con el fervor de la conversión, vivió el amor en una dirección vertical, exclusivamente. Nada más contrario. San Agustín aparece siempre rodeado de amigos. *“Amar y ser amado”* (Confesiones 3,1,1), fue la tarea de todos sus días. *“Una vida sólo la hace buena un buen amor”*, escribe en el Sermón 311,11, y en otro lugar, afirma que *“de ninguna otra cosa debe preocuparse uno en la vida, sino de elegir lo que se ha de amar”* (Sermón 96,1,1). *“¿Qué consuelo nos queda en una sociedad humana como ésta, plagada de errores y de penalidades, sino la lealtad no fingida y el mutuo afecto de los buenos y auténticos amigos?”* (La Ciudad de Dios 19,8).

35. Es importante amar y también saber elegir a la hora del amor. *“¿Se os dice, acaso, que no améis nada? Jamás. Si no amáis nada seréis perezosos, muertos, dignos de ser aborrecidos y unos miserables. Amad, pero ved qué es lo que amáis”* (Comentarios a los Salmos 31,2,5). El amor, como toda la antropología agustiniana, tiene carácter religioso: *“La vida buena y honesta tiene su origen en el amor de las cosas que deben ser amadas y como deben ser amadas. Es decir, en el amor de Dios y del prójimo”* (Carta 137,5,17). *“Tus pies son tu amor. Debes tener dos pies para no ser cojo. ¿Cuáles son estos dos pies? Los dos mandamientos del amor: el amor de Dios y el amor del prójimo. Corre con estos dos pies hacia Dios”* (Comentarios a los Salmos 33,2,10).

LA CONVERSIÓN

36. La palabra conversión aparece unida a la vida de san Agustín. Muchas personas tienen una idea selectiva acerca de la conversión. Piensan que se trata de un acontecimiento que ha tenido lugar en la vida de algunos hombres y mujeres de una talla espiritual extraordinaria. Conversión viene a ser, equivocadamente, sinónimo de heroicidad, de acontecimiento extraordinario.

En el núcleo de toda conversión hay siempre una cita personal: Dios que llama, a través de diferentes mediaciones, y el ser humano que responde desde la libertad. La verificación de este encuentro se produce en la articulación fe-vida. Por eso, la conversión tiene carácter unificador y totalizante, es *“un querer recio y entero”* (Confesiones 8,8,19).

Tanto la fe como la conversión se inscriben en un contexto de búsqueda. También aquí es clave la interioridad. Todo ser humano que quiere llegar al fondo de sí mismo, se encuentra con las preguntas últimas. Dios-vida-mundo, es el triángulo que concentra la reflexión. Con distintas derivaciones hacia el

mal, el dolor, la muerte, el amor... Para desentrañar este argumento, hay que remontar el curso de nuestras actividades y transformarse uno mismo en interrogación, como dice san Agustín de modo muy expresivo: *“Me convertí en enigma para mí mismo y preguntaba a mi alma”* (Confesiones 4,4,9).

37. Aunque la conversión entra en el ámbito de la gracia y no es el resultado de ningún esfuerzo singular, la aproximación al mundo humano más profundo ha sido siempre uno de los itinerarios de acceso a Dios. No hay ninguno que lleve necesaria e inexcusablemente a Dios, pero también es cierto que la presencia de Dios se oscurece cuando el hombre desiste de ser humano y arroja su intimidad

La conversión siempre supone poner en ejercicio la fe. El sí humano a la fe se puede plastificar en la imagen del camino. Los grandes creyentes que cruzan la Biblia – Abraham, Jonás, Rut, Jacob, María... – son personas itinerantes. No necesariamente en sentido geográfico pero sí protagonistas de cambios importantes que en el dinamismo de cada uno de sus movimientos presentan dos elementos esenciales: la vinculación y la ruptura. La conversión-vinculación significa colocar en el centro de la propia vida a Jesucristo, el Señor, convivir con Jesucristo (2 Tim 2,11; Rom 6,8), llevar en sí mismo la persona de Cristo (Comentario al Génesis en réplica a los maniqueos 2,25,38).

Un proceso pastoral que no conduzca a Jesucristo, no es cristiano. La conversión-ruptura significa abandonar todas las cómodas instalaciones, las múltiples formas de idolatría. *“¿Será posible vivir sin estas cosas?”*, se pregunta san Agustín en las Confesiones (8,11,26).

No se puede entender la conversión como meta, sino como itinerario y como principio unificador mientras nos ocupamos de labrar el terreno empobrecido de nuestra propia vida (Confesiones 2,10,18). Creer es convertirse y convertirse es creer. La fe y la conversión son acontecimientos interiores y comprenden la totalidad de la vida, el corazón. *“Dios no desea de ti palabras, sino el corazón”* (Comentarios a los Salmos 134,11).

LA ORACIÓN

38. Su territorio es la interioridad y tiene un marcado carácter dialogal. *“Tu oración es tu conversación con Dios. Cuando lees, Dios te habla a ti; cuando tú oras, hablas con Dios”* (Comentarios a los Salmos 85,7). Lo primero es oír a Dios, recogerse, encontrarse. Es la vuelta a la interioridad donde espera y tiene su cátedra el Maestro interior. Allí está Dios, allí habita, desde allí nos conduce (Cf. Comentarios a los Salmos 41,1-9; Tratados sobre el Evangelio de San Juan 20,11-21).

San Agustín tiene una doctrina muy conocida sobre el maestro interior que es Cristo. *“Por eso, volved a vuestro interior y, si sois fieles, hallaréis allí a Cristo; Él nos habla allí. Yo le llamo, pero Él enseña más bien en el silencio. Yo hablo con los sonidos del lenguaje. Él habla interiormente por el temor del pensamiento”* (Sermón 102,2) Una de estas oraciones sencillas y esenciales que debe caracterizar nuestro diálogo constante con Dios está expresada así por san Agustín: *“Da lo que mandas y manda lo que quieras”* (Confesiones 10,37,60). Es la convicción del “mendigo de Dios”, que reconoce sus límites y, al mismo tiempo, sabe lo que puede hacer con la presencia y la ayuda del amor del Señor.

39. Si Dios es el polo de imantación del corazón humano (Confesiones 1,1,1), la única petición que debe incluir la oración es Dios mismo. Y desde el diálogo con Dios, buscar su rastro en la historia, leer el acontecer diario con los ojos de quien cree, espera y ama. El criterio verificador de la vida cristiana es el amor. Amar a Dios y amar al hombre como Dios lo ama. *“¿En qué debemos ejercitarnos mientras estemos en este mundo? En el amor fraterno. Tú puedes decirme que no ves a Dios; pero ¿puedes decirme que no ves a los hombres”* (Tratado sobre la primera Carta de San Juan 5,7)

El discurso acerca de la oración es inseparable de la interioridad. No es posible oración sin interioridad y no es posible interioridad sin recogimiento, sin el silencio que nos libera del cerco ruidoso que nos envuelve y de nuestro propio mundo, a veces, turbulento.

Para que no alabe sólo la voz, sino también las obras (Cf. Comentarios a los Salmos 149,8), ya que Dios aplica el oído al corazón de quien le alaba (Cf. Comentarios a los Salmos 146, 1-3; Id. 118 s.5, 1; Id. 102,2), el ser humano ha de vivir una actitud permanente de escucha. Dios es interlocutor del hombre. De modo que la oración se puede definir como diálogo que mueve a cambiar el corazón, las raíces de la propia vida. *“En la oración tiene lugar una conversión del corazón a Dios, el cual siempre está dispuesto a ayudarnos, con tal de que nosotros estemos dispuestos a recibir su ayuda”* (El Sermón de la Montaña 2,3,14).

40. Este carácter renovador de la oración cristiana es una de las ideas preferidas por san Agustín. *“El hablar mucho en la oración es más propio de los gentiles que de los cristianos, pues se preocupan más de ejercitar la lengua que de limpiar el corazón”* (El Sermón de la Montaña 2,3,12). Se entiende así que la oración no pueda reducirse a una experiencia externa, a una ráfaga emocional, sino que es un grito del corazón. *“Nadie dudará que es vano el clamor que se eleva a Dios por los que oran si se ejecuta por el sonido de la voz corporal sin estar elevado el corazón a Dios”* (Comentarios a los Salmos 118,29,1).

Cuando la vida no pasa por la oración, se enquistan las actitudes de las personas y se cierra el paso a las interpelaciones del Espíritu. La oración, entonces, no es una experiencia vivificante de conversión, sino un alboroto de palabras. *“Para alabar a Cristo no seas alborotador con las voces y mudo con las obras”* (Sermón 88,13,12).

EL CRISTO TOTAL, FUNDAMENTO DE UNIDAD Y SOLIDARIDAD

41. La vocación humana de comunión llega a su cima en la unión con Jesucristo y con toda la humanidad, que representa san Agustín en la imagen del Cristo total. El cuerpo humano como imagen de una comunidad, es de una gran fuerza plástica porque nadie ignora la interrelación de los miembros y funciones de su propio cuerpo. El texto paulino de 1 Corintios 12,12-27, le sirve de apoyo para su reflexión acerca del Cristo total.

No es que Cristo signifique la cabeza y nosotros los miembros, sino que Cristo es cabeza y miembros a la vez. *“Jesucristo nuestro Señor, en cuanto varón perfecto e íntegro, es cabeza y es cuerpo. La cabeza es aquel hombre que nació de la Virgen María, padeció bajo Poncio Pilato, fue sepultado,*

resucitó, subió al cielo, está sentado a la derecha del Padre de donde esperamos que venga a juzgar a vivos y a muertos. Tal es la cabeza de la Iglesia (Ef 5,23). El cuerpo que corresponde a esta cabeza es la Iglesia, no la que está aquí, sino la que además de aquí se halla en todo el orbe de la tierra; ni tampoco la de este tiempo, sino la que desde el mismo Abel abarca a todos los que han de nacer y creer en Cristo hasta que llegue el final de los tiempos, el pueblo íntegro de los santos que pertenecen a la única ciudad. Ciudad que es el cuerpo de Cristo, cuerpo que tiene por Cabeza a Cristo mismo... Conozcamos, pues, al Cristo total e íntegro junto con la Iglesia; al único que nació de la Virgen María, la Cabeza de la Iglesia, es decir, el mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús (1 Tim 2,5)” (Comentarios a los Salmos 90,2,1).

42. San Agustín lleva hasta el final las consecuencias de un Dios encarnado en Cristo. La polarización Dios-hombre no es cristiana. Hay que servir a Dios en el ser humano. “Cristo aún se halla necesitado aquí; todavía peregrina por este mundo, enferma y es encarcelado” (Comentarios a los Salmos 86,5). Esta visión agustiniana del Cristo total, tiene un incalculable valor teológico y humanizador y es la razón más honda de la solidaridad verdadera. En un mundo de agresiones continuas y de violencia sofisticada, tan difícil como la fe en Dios es la fe en el hombre.

Otra aplicación está relacionada con la configuración de la comunidad cristiana. Los pastores también forman parte del rebaño. Jesús desestabiliza el modelo vigente de autoridad e inaugura un diseño circular. Porque “de igual modo que llamamos cristianos a todos los ungidos por el místico crisma, así a todos les podemos llamar sacerdotes por ser miembros del único sacerdote. De ellos dice el apóstol Pedro: Linaje elegido, sacerdocio real” (La Ciudad de Dios 20,10).

43. Finalmente, la humanidad de Jesús que traspasa la barrera de su muerte y se prolonga y hace presente allí donde hay aliento humano. “No te quejes, y menos no murmures porque naciste en estos tiempos, en los que no puedes ver al Señor en el cuerpo. Lo puedes; pues Él dijo: lo que hagáis a uno de estos mis pequeños, a mí me lo hacéis” (Sermón 103,1,2).

Esta comprensión del Cristo total desemboca en una apuesta incondicional por el ser humano. Nadie queda excluido porque “Tú eres un solo hombre y tus prójimos son muchos; porque, en primer lugar, no debes entender al prójimo algo así como a un hermano tuyo, consanguíneo o pariente legal. Porque todo hombre es prójimo para todo hombre... No hay nada tan prójimo como un hombre y otro hombre” (Sermón sobre la disciplina cristiana 3,3). La misericordia y la compasión deben llegar hasta allí donde parece que el hombre ha tocado su fondo más bajo de pobreza: “Tú, juez cristiano, cumple el oficio de padre piadoso. Encolerízate contra la iniquidad de modo que no olvides de la humanidad” (Carta 133,2).

LA IGLESIA

44. La prolongación histórica de Jesucristo es la Iglesia. No se puede comprender a Cristo sin la Iglesia y no se comprende a la Iglesia sin Jesucristo. El paso de los siglos y las huellas de tantas manos humanas han oscurecido la imagen más limpia y más verdadera de la Iglesia. Sólo desde la fe en

Jesucristo es comprensible la realidad de la Iglesia. Como expresión del Cristo total, la Iglesia se refiere a la cabeza y también a los miembros. Por eso, la Iglesia real que vemos y de la que formamos parte ahora, es una era donde abunda el trigo y la paja. *“Muchas veces hemos dicho y lo repetiremos otras tantas, que la Iglesia tiene paja y trigo. Nadie pretenda retirar toda la paja hasta que llegue el tiempo de la bielta. Nadie abandone la era antes de la bielta por no querer tolerar a los pecadores... y cualquiera que de lejos observa la era, juzga que es sólo paja. Si no mira con más atención, si no alarga la mano, si no sopla, es decir, si no separa la paja del grano soplando, difícilmente llegará a percibir los granos”* (Comentarios a los Salmos 25,2,5).

La Iglesia del cielo y la Iglesia de la tierra son una misma y única Iglesia. Mientras se construye en este mundo, es madre que acoge y no olvida sus entrañas de misericordia ante ninguna clase de pecado (Sermón 352,9), posada del caminante donde se cura al que está herido (Tratados sobre el Evangelio de San Juan 41,13).

45. La teología actual, en la línea de la teología antigua, insiste en el alma de la Iglesia, el Espíritu Santo. *“Lo que es el alma respecto al cuerpo del hombre, eso es el Espíritu Santo respecto al Cuerpo de Cristo que es la Iglesia. El Espíritu Santo obra en la Iglesia lo mismo que el alma en todos los miembros de un único cuerpo”* (Sermón 267,4). Esta forma de entender la Iglesia no excluye formas institucionales. Las convicciones de la fe no se podrían mantener sin un mínimo de institución, pero todos los aspectos organizativos deben ser constantemente vivificados por el poder del Espíritu. Es la interrelación carisma – institución. Esta doble mirada es absolutamente necesaria.

Muchos hombres y mujeres actuales, jóvenes particularmente, tropiezan con la Iglesia como si se tratara de una objeción para su fe. Nadie que se haya asomado a la historia de la Iglesia podrá decir que los tiempos agustinianos favorecían el amor a la Iglesia por la ejemplaridad de todos sus miembros. San Agustín, sin embargo, acepta y ama a la Iglesia de su tiempo. *“Amemos al Señor Dios nuestro y amemos a la Iglesia. A Él como a Padre y a ella como a madre”* (Comentarios a los Salmos 88,2,14). *“Ama a la Iglesia, pues ella te ha engendrado a la vida eterna”* (Sermón 344,2) Y *“si amamos a la Iglesia, tenemos al Espíritu Santo”* (Tratados sobre el Evangelio de San Juan 32,8). En el Cristo total no se pueden separar la Cabeza de los miembros. *“¡Permanece íntegro el cuerpo de Cristo en la cruz en manos de sus perseguidores, y está dividido el Cuerpo de la Iglesia en manos de los cristianos!”* (Comentarios a los Salmos 33,2,7). *“La Iglesia habla en Cristo y Cristo en la Iglesia; el cuerpo habla en la Cabeza y la Cabeza en el Cuerpo”* (Comentarios a los Salmos 30,2,1,4).

46. La Iglesia de la historia es la Iglesia peregrina, la Iglesia que camina sobre la tierra aunque con la mirada y el corazón puestos en el Señor Jesús. Esta Iglesia se hace visible, principalmente, en la comunidad. La comunidad que comparte un solo corazón y una sola alma, es el rostro de la Iglesia.

Un modelo ejemplar de la Iglesia lo encontramos en el libro de los Hechos de los Apóstoles. Los seguidores de Jesús *“tenían las cosas en común y se distribuía a cada uno según su necesidad”* (Hechos 4,32.35). Todos se sentían unidos como hijos y hermanos en una misma familia. *“Acudían*

asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones” (Hechos 2,42). Los saludos y despedidas de las cartas paulinas permiten entrever el clima de las comunidades primitivas. No cuentan las diferencias, todos participan (1 Corintios 14, 24.31) según el don que cada uno ha recibido (1 Corintios 14, 26).

47. La experiencia comunitaria es inseparable de la Iglesia. Comunidades de puertas abiertas que tienen su centro en Jesucristo, donde se vive la igualdad radical y pluriforme de los hijos de Dios, se comparte la fe en Jesús, se acoge la palabra de Dios, se testimonia el amor en gestos concretos de servicio. Estas comunidades son el rostro humano y visible de la Iglesia. La presencia de Jesucristo está asegurada: Allí *“donde estuvieren dos o tres congregados, allí estoy Yo”* (Mateo 18,20).

En la vida y el pensamiento de san Agustín, la comunidad ocupa un lugar preferente, es una de sus pasiones. El itinerario de la espiritualidad agustiniana es un itinerario en compañía de los hermanos. La meta final es el encuentro común con Dios. Mientras, se trabaja con los demás y para los demás en el mundo. Aquí se construye la Ciudad de Dios.

EL COMPROMISO CON EL MUNDO: LA JUSTICIA, LA PAZ Y LA SOLIDARIDAD

48. La acción social o la acción política, con toda su nobleza, no señalan el límite de lo que es esencial o característico de los laicos. San Agustín sugiere a todos los cristianos la utopía de La Ciudad de Dios. Un proyecto que es, al mismo tiempo, historia y escatología.

El cristiano debe conocer su ciudadanía. *“Debemos conocer Babilonia, en la que nos hallamos cautivos, y Jerusalén, por cuya vuelta hacia ella suspiramos”* (Comentarios a los Salmos 64,1). Esta es una idea muy arraigada en la pedagogía de san Agustín, aunque hoy haya que pasar por alto los nombres de lugares geográficos. (Cf. Sermón 214,11; La catequesis de los principiantes 19,31; Comentario literal al Génesis 11,15, Comentarios a los Salmos 9,1,8). Los artífices de las dos ciudades son el egoísmo y el amor de Dios (Comentarios a los Salmos 64,2).

Los seres humanos y las ciudades, se definen por sus amores. *“El amor de Dios construye la ciudad de Jerusalén y el amor del mundo la de Babilonia. Examínese cada uno a sí mismo para ver qué es lo que ama y sabrá de cuál de ellas es ciudadano”* (Comentarios a los Salmos 64,2). Hay una oposición entre los dos amores que definen a las dos ciudades. *“Estos dos amores, de los cuales uno es bueno y el otro malo, uno social y el otro privado, uno que mira por la utilidad común (...) y el otro que subordina lo común a lo propio por un deseo exaltado de dominio, uno fiel a Dios y el otro enemigo de Dios, uno tranquilo y el otro agitado, uno pacífico y el otro beligerante... sirven de distintivo para las dos ciudades en que está dividido el género humano”* (Comentario literal al Génesis 11,15,20).

49. El concepto de Ciudad de Dios va, naturalmente, más allá de la organización de una ciudad humana. La Ciudad de Dios viene de Dios, camina en Dios y va hacia Dios. *“Distribuimos en dos géneros a los hombres: uno, el de los que viven según el hombre; otro, el de los que viven según la voluntad*

de Dios. Místicamente las llamamos dos ciudades, es decir, dos sociedades o agrupaciones de hombres” (La Ciudad de Dios 15,1,1).

La Iglesia y la Ciudad de Dios no se identifican, pero san Agustín localiza esta ciudad en la Iglesia. “Sabemos que Sión es la ciudad de Dios. Sión se llama la ciudad de Jerusalén... Es, pues, manifiesto que Sión es la ciudad de Dios; ¿y qué es la ciudad de Dios sino la santa Iglesia?” (Comentarios a los Salmos 98,4). Por eso hablar de la Iglesia supone un aquí y un más allá, un hoy y un mañana último. Esta ciudad es construcción de Dios y construcción humana. Ciudad que se levanta en medio de un mundo de contrastes porque los infinitos rodeos de dos amores enfrentados revisten de dramatismo la historia humana.

La gran aspiración de la Ciudad de Dios es la unificación de los valores humanos y sociales, la recuperación por parte de la humanidad y de la naturaleza de su inagotable misterio, la afirmación de una presencia amorosa que nos envuelve y sostiene. En otras palabras, la formación del Cristo total, cabeza y miembros unidos en la fe y el amor, reconciliación del ser humano con Dios, consigo mismo y con el mundo, que es empeño presente y, a la vez, esperanza futura.

50. La utopía luminosa de la Ciudad de Dios, situada en un contexto secular, da pie a la teología política en su sentido más amplio y verdadero. Todo intento por crear un orden más justo y los sueños por crear una nueva sociedad, tropiezan con la fuerza del amor desordenado de quienes se sienten propietarios del mundo. De este círculo de indigencia no podemos salir por nuestras propias fuerzas. Tampoco es la solución una espiritualidad difusa, huidiza frente a los problemas de nuestra sociedad. Por eso el ser humano, en su deseo de libertad y de un futuro diferente, trasciende la dimensión de lo social y busca la salvación de Dios.

Desde la perspectiva de la Ciudad de Dios, la historia – por borrascosa que parezca – admite una lectura providente y la vida cristiana se convierte en una peregrinación popular con Cristo a la cabeza, en un compromiso con el mundo, en un camino de esperanza. “Y la esperanza no quedará confundida, pues el amor de Dios se ha derramado en nuestros corazones por virtud del Espíritu Santo, que nos ha sido dado” (Romanos 5,5).

La misión del cristiano en el mundo es sembrar la esperanza que no falla, construir la ciudad de Dios con la fuerza de su amor que habita en nosotros y que es la gracia del Espíritu. Sin ayuda, no podemos curar la enfermedad que nos impide ser nosotros mismos, cumplir con decisión opciones de justicia, y nos vuelve esclavos de nuestro egoísmo y de los mecanismos de un mundo inspirado por la mentira.

Para fortuna nuestra, sin embargo, Jesucristo, el médico divino, nos ha curado y continúa sanando nuestra enfermedad con su amor. No nos ha dejado huérfanos, nos ha dado “otro Consolador” que renueva con nosotros la faz de la tierra (Salmo 103) y es el verdadero fundamento de la nueva justicia y de la paz. Sin Él no podremos hacer nada, pero con Él podemos creer en el desarrollo de la ciudad de Dios aquí, desde ahora. “Que no habéis recibido el espíritu de siervos para recaer en el temor, antes habéis recibido el espíritu de adopción... somos hijos de Dios, y si hijos también herederos; herederos de Dios, coherederos de Cristo...” (Romanos 8,15-17). Fortalecidos por esta gracia,

no somos sólo constructores de sueños y de utopías, sino de un Reino que no fracasa.

51. La lucha entre los dos amores que intentan levantar dos ciudades diferentes – el gran drama de la historia – se libra en el corazón humano. Es el complejo tema de la libertad ante la continua beligerancia entre deseos contrarios. Al ser la raíz de decisiones equivocadas, ven algunos la libertad bajo sospecha como origen de muchos males.

San Agustín, sin embargo, ve en la libertad un gran bien humano (Cf. El libre albedrío 1,15,31), es un don de Dios (Id. 3,18,52), y la define como la capacidad que tiene la voluntad de decidir porque es dueña de sí misma (Id. 3,3,8). Como los seres humanos estamos hechos para el bien, no somos igualmente libres al inclinarnos hacia el mal. La opción por el bien significa la auténtica libertad, mientras que la opción por el mal es frustración y esclavitud. *“Toda servidumbre está llena de amargura. (...) No temáis la servidumbre del Señor.(...) Junto al Señor es libre la esclavitud. En donde no sirve la necesidad, sino la caridad, es libre la esclavitud”* (Comentarios a los Salmos 99,7). Consecuentemente, en la vida bienaventurada se alcanzará la máxima libertad, aunque *“no dejarán tampoco los bienaventurados de tener libre albedrío, por el hecho de no sentir el atractivo del pecado”* (La Ciudad de Dios 22,30,3).

La reflexión de san Agustín acerca de la libertad nace de su propia experiencia. Se ve acosado por el mal que aparece disfrazado con vestidos atractivos. Por otra parte, siente la debilidad de su voluntad y la fragilidad de su libertad. Experimenta la contradicción entre la incapacidad para obrar el bien, que le empuja al desánimo, y la paz que produce cumplir la voluntad de Dios (Cf. Confesiones 13,9,10) porque coincide con nuestras aspiraciones más profundas. Es la armonía y unificación de la persona, cuando somos llevados por el amor (Confesiones 13,9,10).

52. En el escenario del mundo, obra de Dios y hogar del ser humano, son tres los imperativos cristianos – de marcado sello agustiniano – que pueden ser, a la vez, convocatoria común para todos los hombres de buena voluntad: la justicia, la solidaridad y la paz. Cuanto más se camina en la vida del Espíritu, más fuerte es la urgencia por transformar las realidades materiales desde el horizonte del Reino de Dios. No se puede confundir la *desmundanización* de la vida cristiana – la contraposición entre el Espíritu y todo lo que se opone a Dios (1 Corintios 2,12) – con su deshumanización. San Agustín siempre se sintió humano, uno de tantos (Sermón 232,2).

Participar de la condición humana es incompatible con desoír la llamada implorante de los pobres y de tantas personas que sufren los efectos de la guerra o el subdesarrollo. La lucha por la justicia, la paz y la solidaridad, pertenece a la misión evangelizadora de la Iglesia. De toda la Iglesia, sin señalar fronteras entre sus diversos miembros, porque es un único sujeto histórico y no son los laicos los únicos responsables del mundo.

53. Se habla de una cultura de la solidaridad, del diálogo y de la paz, como exigencias de la conciencia cristiana, pero son tímidas las intervenciones decididas en el campo de la política social. En tiempos de san Agustín, el obispo estaba en contacto directo con el hervidero de la calle porque a las funciones ministeriales se sumaba la de juez. ¿Dónde puede estar la

singularidad agustiniana por la justicia? En su misma idea de la justicia que incluye la misericordia. *"No podemos ser perfectamente justos si somos negligentes en practicar la misericordia"* (Sermón 144,4). *"Que la verdad no aleje de ti la misericordia y que la misericordia no sea un obstáculo a la verdad"* (Comentarios a los Salmos 88,1,25). O, de modo más claro, *"cuando la justicia se aplica sin misericordia, siempre encuentra algo que condenar"* (Comentarios a los Salmos 147,12). El realismo de san Agustín le lleva a decir: *"El que se hace 'demasiado justo', debido a ese mismo 'demasiado', se hace injusto"* (Tratados sobre el Evangelio de San Juan 95,2).

La justicia y la paz son amigas inseparables. *"Obra justicia y tendrás la paz, para que así se besen la justicia y la paz. Si no amas la justicia, te faltará la paz. Estas dos virtudes: la paz y la justicia se aman y besan mutuamente, de tal modo, que quien obrase justicia, encontrará la paz que abraza a la justicia. Son don amigas. Tú tal vez quizá quieres tener una, y, sin embargo, no ejecutas la otra. Nadie hay que no anhele la paz, pero no todos obran la justicia"* (Comentarios a los Salmos 84,12). Se quiebra la paz cuando se rompe la unidad. *"No aman la paz quienes dividen la unidad"* (Comentarios a los Salmos 124,10). Para san Agustín, la paz es sinónimo de concordia y de orden. *"La paz de todas las cosas es la tranquilidad del orden. Y el orden es la distribución de los seres iguales y diversos, asignándoles a cada uno su lugar"* (La Ciudad de Dios 19,13,1).

54. La solidaridad es una dimensión fundamental del amor cristiano. No se puede ser insolidario y amar a Jesucristo. Esta es la motivación radical que da solidez al concepto agustiniano de la comunicación de bienes. San Agustín confiesa que el texto de Mt 25,31-46, le impresiona excepcionalmente. *"Algunas veces he traído también a la memoria de vuestra santidad un texto de la Escritura que a mí, debo confesarlo, me impresiona profundamente y que todavía he de recordároslo con mayor frecuencia. Os ruego que reflexionéis sobre lo que dirá Jesucristo Nuestro Señor cuando venga al fin del mundo a juzgar, reúna en su presencia a todos los pueblos y divida a los hombres en dos grupos, poniendo uno a su derecha y otro a su izquierda. (...)*

Mi exhortación, hermanos míos, sería ésta: dad del pan terreno y llamad a las puertas del Pan celeste. El Señor es ese pan. Yo soy – dijo – el pan de la vida (Jn 5,35). ¿Cómo te lo dará a ti que no lo ofreces al necesitado?... Aunque él es el Señor, el verdadero Señor y no necesita de nuestros bienes, para que pudiéramos hacer algo en su favor, se dignó sufrir hambre en los pobres: Tuve hambre – dijo – y me disteis de comer. Señor, ¿cuándo te vimos hambriento? Cuando lo hicisteis con uno de estos mis pequeños, conmigo lo hicisteis. Y a los otros: Cuando no lo hicisteis con uno de estos mis pequeños, tampoco conmigo lo hicisteis" (Sermón 389, 5-6).

55. Al hablar de la comunión de bienes, san Agustín se muestra radical hasta el punto de afirmar que *"es una especie de robo el no dar al necesitado lo que sobra"* (Sermón 206,2). La práctica del ayuno, antes que privación, es compartir. *"Ante todo, acordaos de los pobres; de esta forma depositáis en el tesoro celeste aquello de que os priváis viviendo más sobriamente. Reciba Cristo hambriento lo que el cristiano recibe de menos al ayunar. La mortificación voluntaria, sirva de sustento para quien nada tiene. La escasez voluntaria del rico sea abundancia necesaria para el pobre"* (Sermón 210,10,12)

Nadie, por pobre que sea, puede sentirse exento de compartir sus bienes. *“Nada has traído a este mundo, y por eso mismo nada podrás llevarte de él. Envía hacia arriba lo que has encontrado y no lo perderás. Dáselo a Cristo. Él quiso recibir aquí abajo. Dádoselo a Cristo, ¿vas a perderlo? (...) Cristo puso en venta el reino de los cielos y cifró su precio en un vaso de agua fría. Cuando es un pobre quien da limosna basta que dé un vaso de agua fría. Quien más tiene, más dé”* (Sermón 39,6).

EL DIÁLOGO CON LA CREACIÓN

56. Dios, la naturaleza y la humanidad no son objeto de contemplación pasiva, sino que son otras tantas llamadas de comunión para el hombre. Aquí encaja la visión agustiniana de la ecología o relación con el medio ambiente. San Agustín se muestra, en los Comentarios a los Salmos principalmente, un gran observador de la naturaleza. Las referencias a la creación y a la agricultura se repiten. Son observaciones sutiles de quien capta la belleza de la realidad desde el conocimiento que tiene de sí mismo (Cf. El orden 1,2,3; Sermón 52,17).

La creación es un espectáculo grandioso de luz, de belleza y de armonía, que habla de Dios. (Cf. Sermón 241,2; Sermón 293,5). Obra de la Trinidad (Cf. Sermón 223 A, 3; Sermón 52,17) que no puede el hombre manejar arbitrariamente, y mucho menos destruir, como si fuera dueño plenipotenciario. El carácter de diálogo de las relaciones de la naturaleza y del trabajo humano, según san Agustín, no permite sean ajenas las cosas que nos rodean. Hay cosas que se deben disfrutar, otras que son para usar y, finalmente, las que se deben usar y gozar. *“Es fácil ver que una cosa es usar y otra disfrutar. El usar va unido a la necesidad y el disfrutar a la alegría. Por tanto, para nuestro uso nos dio estas cosas temporales, y para nuestro disfrute se nos dio a sí mismo... Póngase en Él el disfrute del corazón... Con razón sólo Él basta”* (Sermón 177, 8,9. Cf.; también, La doctrina cristiana 1, 3, 3-5; Id. 1,4,4).

No se trata de despreciar las cosas o renunciar a los valores de la tierra, sino de estimarlos en su precio justo. *“Sean objeto de uso, según necesidad, mas no de amor; sean como posada de peregrino, no como propiedad del poseedor. Repara tus fuerzas y sigue adelante. Estás de viaje, (...) es necesario el alimento y el vestido. Bástenos lo suficiente para el viaje. ¿Por qué te cargas tanto? ¿Por qué llevas tanto peso para este breve camino, peso que no te ayuda a llegar a la meta, sino que más bien hace sentirte más agobiado una vez concluido el camino?”* (Sermón 177,2-3).

57. Tradicionalmente, el mundo se ha entendido como una realidad negativa que ha dejado sin solar a los laicos. Este juicio condenatorio parte de una visión parcial – las hostilidades del mal, el príncipe de este mundo... – que ha provocado la tentación de reducir la confesión de la fe al ámbito del culto. El nuevo concepto de mundo – que abarca, también, la familia humana y el entorno de la creación – no admite un juicio condenatorio. Así entendido el mundo, es esencialmente bueno (Génesis, 1,31), hecho al gusto de Dios y dejado en nuestras manos para que lo transformemos y los disfrutemos. Existe siempre el riesgo de vernos apresados por la belleza y el gozo de la realidad o por su dolor y su contradicción inexplicable.

Que todos los seres creados son buenos, es la conclusión a que llega san Agustín tras un discurso filosófico: *“Comprendí también que son buenas las cosas que se corrompen, las cuales no podrían corromperse en caso de que fueran sumamente buenas. Tampoco podrían corromperse si no fuesen buenas. Si fueran sumamente buenas, serían incorruptibles. Si no fuesen buenas, no habría en ellas sujeto de corrupción. La corrupción deteriora, y no existe deterioro si no hay disminución del bien”* (Confesiones 7,12,18).

La comprensión positiva del mundo deja atrás el cisma entre la materia y el espíritu y hace posible que la espiritualidad cristiana consiga la confluencia de los grandes ejes que conforman la vida cotidiana: las relaciones humanas, el trabajo, el compromiso político. El impacto de esta nueva mentalidad ha pasado a empapar los textos del magisterio más reciente. *“El mundo - leemos en la Christifideles laici - se convierte en el ámbito y el medio de la vocación cristiana de los fieles laicos... De este modo, el ser y el actuar en el mundo son para los fieles laicos no sólo una realidad antropológica y sociológica, sino también, y específicamente, una realidad teológica y eclesial”* (15).

En una espiritualidad secular, ser, estar, acoger el mundo, significa establecer una relación positiva de gratitud y de responsabilidad. Gratitud porque el mundo es nuestro hogar, lugar gozoso de la vida y lugar de santidad. Responsabilidad porque, para actuar en su transformación con la lucidez de la fe, puede ser necesaria, en ocasiones, una cierta distancia.

IV. AFIRMACIONES SOBRE LA ESPIRITUALIDAD AGUSTINIANA

Este apunte acerca del contenido e imperativos de la espiritualidad agustiniana, puede concluir con algunos recordatorios fundamentales:

4.1. EL PRIMADO DE JESUCRISTO EN LA ESPIRITUALIDAD AGUSTINIANA (Cf. Confesiones, libro 7).

58. Cristo es el único y verdadero maestro (Cf. Sermón 134,1; El maestro 14,46), la Verdad que habita en el hombre interior (Comentarios a los Salmos 109,36) el Señor de la historia (Cf. La Ciudad de Dios 8), la patria hacia donde vamos (Cf. Sermón 92,3), el médico capaz de curar la enfermedad del pecado (Cf. Sermón 63 A, 2), alimento en la Palabra y la Eucaristía (Cf. Sermón 56,10; Sermón 227,1). De esta centralidad de la figura de Jesucristo, se deduce que las Fraternidades Agustiniánas, alimentadas por la espiritualidad de san Agustín, no tienen otra finalidad que hacer en común el camino de seguimiento del Cristo del Evangelio.

4.2. EL ALMA DE LA ESPIRITUALIDAD AGUSTINIANA ES LA CARIDAD

59. *“De una vez por todas te voy a dar un breve precepto: ama y haz lo que quieras... de la raíz del amor sólo podrá salir el bien”* (Tratado sobre la Primera Carta de San Juan 7,8). *“Pensad siempre que se debe amar a Dios y al prójimo...Esto es lo que hay que pensar siempre, y meditar siempre, y recordar siempre, y practicar siempre, y cumplir siempre. El amor de Dios es lo primero que se manda, y el amor del prójimo lo primero que se debe practicar”* (Tratados sobre el Evangelio de San Juan 17,8). Nos une a Cristo y se convierte en fuerte lazo de fraternidad: *“Tu alma no es tuya propia, sino de todos tus hermanos; y las almas de ellos son tuyas; o mejor dicho, las almas de ellos y la tuya no son almas, sino la única alma de Cristo...”* (Carta 243,4). La caridad nos introduce en un único amor, a Dios y al hermano, con tonalidades diferentes. De esta fuente del amor, nacen la justicia, la paz y la solidaridad verdaderas.

4.3. LA ESPIRITUALIDAD AGUSTINIANA SE NUTRE EN LA BIBLIA

60. La Palabra de Dios es punto de partida y es meta. La Escritura es el libro de la espiritualidad, el espejo que permite tomar conciencia de la propia realidad. Es *“como una voz que habla todos los días”* (Sermón 45,3). *“Los estudiosos de la Sagrada Escritura recen para entenderla. Esta es la cosa más importante y más necesaria”* (La doctrina cristiana 3,37,56). *“¡Asombrosa profundidad la de tus Escrituras! . . . Dios mío, es admirable su hondura. Da vértigo asomarse a esa profundidad. Es un vértigo de respeto y un temblor de amor”* (Confesiones 12,14,17).

La Palabra de Dios, tan profunda como fascinante (Cf. Confesiones 12,14,17) es alimento espiritual y buena noticia proclamada que pone las bases del Reino de Dios en la historia. Lo que comunica Dios a través de la Palabra no es su misterio, sino que al revelarse ofrece su comunión y su vida.

En el proceso de la conversión de san Agustín se produce un encuentro con la Palabra de Dios que le va a descubrir una nueva forma de vivir. Después, particularmente como Obispo, la Escritura será palabra meditada y

palabra pronunciada. Que entender el mensaje de la Biblia pueda resultar, a veces, difícil, no lo oculta san Agustín: *“Nadie se sienta defraudado al ver que la página divina habla de forma oscura. Donde se te presenta manifiesta la voluntad de Dios, es decir, donde está clara, ámala. Ámala cuando te amonesta claramente. Pero es igual cuando se te manifiesta claramente que cuando se presenta de forma oscura. La misma es cuando está al sol que cuando está a la sombra”* (Sermón 45,3).

4.4. LA ESPIRITUALIDAD AGUSTINIANA CONVOCA A LA CONVERSIÓN

61. No ignora la huella del pecado. Participamos de la miseria del mendigo (Cf. El orden 1,2,3), pero la fe, la esperanza y la caridad reconstruyen en el ser humano la imagen trinitaria de Dios. Una imagen imperfecta, pero imagen al fin (Cf. La Trinidad 10,12,19), que hace de la búsqueda de Dios una constante en la vida (Cf. Soliloquios 1,1-6; Confesiones 1,1,1; Confesiones 6,16,26...).

Esta condición frágil del ser humano se manifiesta en una lucha interior sin tregua y hace de la existencia humana un combate permanente, una conversión ininterrumpida. En el cambio del propio corazón arranca la transformación del mundo. No puede haber humanidad nueva si no hay, en primer lugar, hombres nuevos con la novedad del bautismo y de la vida según el Evangelio (Evangelii nuntiandi 18).

La evangelización tiene hoy como horizonte, en muchos ambientes, el mundo de la indiferencia ante lo religioso. Se rechaza el discurso religioso repetitivo y, en feliz expresión de san Agustín que podría aplicarse a la sociedad contemporánea, *“todos quieren entender, pero no todos quieren creer”* (Sermón 43,4).

Evangelizar no es dominar técnicas especiales de predicación ni ser un experto comunicador, sino anunciar *“lo que hemos oído, visto, contemplado, palpado...”* (1 Juan 1,1-2). Según sea la vida del evangelizador, será la luz de su mensaje (Cf. Tratados sobre el Evangelio de San Juan 19,12).

4.5. LA ESPIRITUALIDAD AGUSTINIANA PRIVILEGIA LA ORACIÓN

62. Para san Agustín, el bien supremo es la vida con Dios y de Dios (Carta 130,7,14). La vida feliz consiste en amar a Dios por sí mismo y a nosotros y al prójimo por Él (Id). Este vivir con Dios exige unos espacios y tiempos dedicados a la oración.

No se entiende una relación amorosa sin tiempos exclusivos para la relación con la persona amada. *“Es necesario orar siempre”* (Lucas 18,1). San Agustín ofrece una interpretación humana y razonable a las palabras de Cristo, que puede tener una especial incidencia en el ámbito laical por las inevitables ataduras de una actividad variada y compleja. Introduce la identificación entre oración y deseo. La oración es un diálogo del corazón que se identifica con el deseo o con el amor.

Orar siempre es desear, amar continuamente. *“¿Acaso sin interrupción estamos de rodillas o postrados, o tenemos las manos levantadas para que nos mande orar sin interrupción? Si tal cosa se nos pide al decir que oremos así, creo que nosotros no podemos orar sin interrupción. Hay, pues, otra clase de oración interior que es el deseo... Si no quieres cortar tu oración, no*

interrumpas el deseo. Tu continuo deseo es la voz continua de tu alma. Callarás si dejas de amar. El frío de la caridad es el silencio del corazón y el fuego del amor, el clamor del corazón". (Comentarios a los Salmos 37,14).

63. Toda la vida se puede convertir en continua alabanza a Dios: *"Cuando acudes a la iglesia para cantar los himnos, tu voz pronuncia las alabanzas de Dios. Cantaste cuanto pudiste y te marchaste; pero cante tu alma las alabanzas a Dios. ¿Te hallas ocupado en negocios? Bendiga tu alma a Dios. ¿Comes? Oye lo que dice el Apóstol: Ya comáis, ya bebáis, haced todas las cosas para gloria de Dios. Me atrevo a decir: Cuando duermes, bendiga tu alma al Señor. No te despierte el pensamiento de la maldad; no te despierte la determinación de hurto; no te despierte, quizá, el convenio de la depravación"* (Comentarios a los Salmos 102,2).

Nada más contrario al pensamiento agustiniano, sin embargo, que minusvalorar los tiempos abiertos a la relación explícita con Dios. Tiempos exclusivos de oración, largos, repetidos, hondos, y la vida entera para vivir la ecuación oración = deseo.

4.6. LA ESPIRITUALIDAD AGUSTINIANA ESTÁ AL SERVICIO DE LA EVANGELIZACIÓN

64. *"Si no reparto la Palabra de Dios, si me guardo el tesoro, me aterroriza el Evangelio"* (Sermón 339,4). La interioridad y la reflexión disponen a recibir el alimento de la Palabra para después poder ofrecerlo. *"Por la Iglesia que se me ha confiado, debo tener la más grande solicitud. Estoy al servicio de aquello que le pueda resultar útil; deseo no ser tanto su presidente como serle de provecho"* (Carta 134,1).

La caridad, centro vital, teórico y práctico de la espiritualidad cristiana y, consecuentemente, de la espiritualidad agustiniana, tiene su traducción en la justicia y la solidaridad. De modo que la caridad va unida a una forma nueva de mirar la realidad y al compromiso de su transformación desde el plan de Dios. (Cf. La naturaleza y la gracia 69,83; Sermón 142,8,9).

La obra de la evangelización, *deber fundamental del Pueblo de Dios* (Cf. Concilio Vaticano II, Decreto Ad gentes, 35), es un claro imperativo agustiniano. La atención a la dimensión mística o de interioridad, desemboca en la acción evangelizadora, de acuerdo con los dones recibidos del Espíritu Santo. *"No seáis sabios para vosotros solos, recibe el Espíritu. En ti debe haber una fuente, nunca un depósito; de donde se pueda dar algo, no donde se acumule"* (Sermón 101,6).

4.7. LA ESPIRITUALIDAD AGUSTINIANA TIENE UN MARCADO SENTIDO ECLESIAL

65. La Iglesia es el modelo del mundo nuevo renovado por Jesucristo. Desde Jesucristo, se entiende y se valora la Iglesia, que es su cuerpo (Cf. Sermón 267, 4). Ser Iglesia, sentir con la Iglesia, servir a la Iglesia es una nota básica de la espiritualidad agustiniana. *"Esclavo soy de la Iglesia, máxime de sus miembros más débiles, sin que importe saber qué clase de miembro soy yo mismo"* (El trabajo de los monjes 29,37). Se olvida, sin embargo, que la Iglesia universal se hace presente en la Iglesia particular o diócesis. Y si el anuncio

del Evangelio y la Eucaristía son los dos pilares sobre los que se edifica la Iglesia particular, significa la participación en sus acciones evangelizadoras y la huida de centrarse más en intereses individuales o de grupo que en las *“necesidades de la Madre Iglesia”* (Carta 48,2-3).

Hablar de la Iglesia local es hablar de toda la comunidad diocesana cuyo signo visible de unidad es el Obispo. Unidad y colaboración con la jerarquía. Apertura y diálogo con otras comunidades dentro de una amplia pastoral de conjunto. Nunca entender la Fraternidad Agustiniiana como una alternativa a la Iglesia local, sino como una célula viva de servicio, un fermento renovador, una presencia pública de la misma Iglesia.

V. ELEMENTOS BÁSICOS DE UNA FRATERNIDAD AGUSTINIANA SECULAR

5.1. VOCACIÓN CRISTIANA

66. Es la primera vocación. Antes de cualquier otro título, “*somos cristianos, no petrinus*” (Comentarios a los Salmos 44,23). De otro modo, primero somos cristianos, no agustinianos. Dios nos llama como hombres y mujeres en un mundo histórico determinado, para integrarnos comunitariamente en la Iglesia y realizar una misión que no es otra que la evangelización. “*Nacida, por consiguiente, de la misión de Jesucristo, la Iglesia es, a su vez, enviada por Él. La Iglesia permanece en el mundo hasta que el Señor de la gloria vuelva al Padre. Permanece como un signo, opaco y luminoso al mismo tiempo, de una nueva presencia de Jesucristo, de su partida y de su permanencia. Ella lo prolonga y lo continúa. Ahora bien, es ante todo su misión y su condición de evangelizar lo que ella está llamada a continuar. Porque la comunidad de los cristianos no está nunca cerrada en sí misma*” (Evangelii nuntiandi, 15).

Es una elección gratuita a formar el Pueblo de Dios. Elección inmerecida y, de algún modo, sorprendente, porque no somos los mejores ni los más capaces. Compartimos el desvalimiento y la fragilidad de todos los seres humanos. Nuestro título más preciado es el haber sido elegidos y, por el bautismo, “*enraizados y edificados en Cristo*” (Colosenses, 2,6-7). Como consecuencia de nuestro bautismo, nos sentimos atraídos por el Espíritu de amor que nos empuja a salir de nosotros mismos, a abrirnos a los hermanos, a servir en comunidad.

67. No se puede pensar en una forma agustiniana de vivir sin la referencia a la matriz bautismal y no se puede pensar en una vida cristiana que excluya la comunidad. En san Agustín se da la conjunción fe cristiana-comunidad, fe cristiana-Iglesia, peregrinos en el mundo, ciudadanos futuros de una patria “*donde no se pierde al amigo ni se teme al enemigo*”... *donde nace porque nadie muere... donde no se tiene hambre ni se tiene sed, porque la saciedad es la inmortalidad y el alimento es la verdad*” (Tratados sobre el Evangelio de San Juan 30,7).

La espiritualidad agustiniana nos convoca a ser hombres y mujeres del mundo en el corazón de la Iglesia y hombres y mujeres de la Iglesia en el corazón del mundo. Una Iglesia madre y hogar (Comentarios a los Salmos 85,14; Tratados sobre el Evangelio de San Juan 3,1; Sermón 57,2; Sermón 56,14; Sermón 192,2...) que “*nunca olvida sus entrañas maternas*” (Sermón 352,3,9). Iglesia que queremos experimentar como lugar de comunión y participación, y ser en ella el pueblo nuevo de las Bienaventuranzas. Sin otra seguridad que sabernos amados y llamados por Jesucristo, con corazón sencillo, contemplativos para descubrir el misterio y el mensaje de la vida, atentos a leer e interpretar los signos de los tiempos, constructores de paz, portadores de alegría y esperanza porque siempre es posible renacer.

68. Es responsabilidad de los laicos comprometerse con las realidades temporales para ponerlas al servicio de la instauración del Reino de Dios. El mundo es nuestro lugar de trabajo y el solar donde tenemos que construir el Reino. San Agustín nos dejó los planos de una ciudad, la Ciudad de Dios,

levantada sobre los cimientos de la paz, la justicia, la cooperación. Nuestra fe no es un paréntesis, sino una presencia viva y operante de Dios en el escenario político, social y familiar donde nos movemos. Sabemos que para ser levadura de Evangelio, tenemos que ocupar nuestro lugar en el mundo, emplear una paciente pedagogía de misericordia y estar muy convencidos de que nadie cambia cuando se siente condenado, sino cuando se siente amado gratuitamente.

5. 2. VOCACIÓN COMUNITARIA

69. En un ambiente donde abundan las noticias que postulan el carácter privado e intimista de la fe, las comunidades cristianas de laicos, se presentan como un lugar para adelantar modelos alternativos de vida. Frente a una sociedad de relaciones funcionales y mercantiles, las comunidades cristianas constituyen una nueva sensibilidad y un modo diferente de relación humana.

El término comunidad ha dejado de ser patrimonio exclusivo del lenguaje religioso y aparece unido a proyectos tanto económicos como culturales. En muchos casos, con un notable olvido de las personas y no siempre con la mente puesta en el criterio agustiniano de anteponer los intereses comunes a los propios.

Hablar de comunidad no responde a una moda y tampoco se trata de una creación artificial. El ser humano se coloca, desde su nacimiento, en la pista hacia la socialización. La plenitud de nuestro ser consiste en amar. *“El hombre es, en efecto, por su íntima naturaleza, un ser social, y no puede vivir ni desplegar sus cualidades sin relacionarse con los demás”* (Constitución sobre la Iglesia en el mundo actual 1,13). De tal modo, que la comunidad responde a una de las aspiraciones humanas más honda y se convierte en tarea que abarca toda la vida. Lo mismo en el caso de la comunidad matrimonial que la comunidad laical. Es un camino, una conquista sólo alcanzada desde una clara conciencia de pertenencia y unas actitudes firmes de comprensión, de diálogo y de participación. Por eso, es un aprendizaje dinámico y creativo que nunca llega a su fin.

70. La comunidad no se construye más que a partir de las personas. *“Nosotros, pues, todos los creyentes, no somos congregados a un tiempo, sino poco a poco, y cada uno en particular en una determinada ciudad y en un pueblo de Dios, pero también en cada uno de nosotros en particular acontecen estas cosas que están escritas y suceden en el pueblo. Así, pues, el pueblo se formó de particulares, pero no los particulares se constituyeron de un pueblo. ¿Por ventura un hombre procede de varios pueblos? El pueblo consta de cada uno de los hombres”* (Comentarios a los Salmos 106,3). Esto quiere decir que la comunidad presupone que cada persona es ella misma y, desde su originalidad, vive un proyecto común.

Gracias a los individuos, la comunidad puede existir. La comunidad no surge de un programa maravilloso y tampoco de unas relaciones afectivas cordiales, sino del espíritu de comunión. *“Somos llamados a la unión de corazones y hacia ella debemos dirigir todos nuestros esfuerzos”* (Tratados sobre el Evangelio de San Juan 34,10).

Los aspectos humanos (particularmente los psicológicos), estructurales y organizativos, son importantes, pero sin olvidar que la gran razón para crear

unos vínculos interpersonales agustinianos es, *“tener una sola alma y un solo corazón orientados hacia Dios”* (Regla 1,3). También el Vaticano II sugiere unos vínculos espirituales en la familia, *“especie de Iglesia doméstica”* (Lumen gentium 2,11), además de los lazos de la sangre.

71. No son suficientes los lazos de la amistad para garantizar la consistencia y estabilidad de la comunidad y tampoco podemos ignorar que la aceptación de los demás – ese darnos mutuamente permiso para ser como somos – y la comunicación con un cierto grado de profundidad, exigen un esfuerzo serio por parte de todos.

El laicado agustiniano no busca en la comunidad sólo amigos, ni formar un grupo aparte más, a la medida de sus preferencias y de su sensibilidad religiosa. Formamos la comunidad o la fraternidad, porque es allí donde podemos vivir de modo concreto la espiritualidad de san Agustín como medio privilegiado para conocer y expresar la vocación cristiana. Sin olvidar que la comunidad inspirada en el pensamiento agustiniano, tiene su referente en la Iglesia-comunión, que lleva a la apertura y la corresponsabilidad en la misión de la Iglesia.

Una de las principales acciones pastorales en relación con el laicado, es evitar la creación de grupos enclaustrados en una espiritualidad intimista y alejados de las llamadas realidades temporales. Continúa siendo necesaria la advertencia de los Obispos reunidos en Santo Domingo: *“Evitar que los laicos reduzcan su acción al ámbito intra-ecclesial, impulsándolos a penetrar los ambientes socio-culturales y a ser en ellos protagonistas de la transformación de la sociedad a la luz del evangelio y de la Doctrina Social de la Iglesia”* (IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, Santo Domingo 1992, n.98).

5. 3. VOCACIÓN MISIONERA

72. Si la Fraternidad Agustiniana es una célula de la Iglesia, necesariamente tiene que ser misionera. *“Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda”* (Evangelii nuntiandi, 14). La comunidad que se encierra sobre sí misma, además de acercarse progresivamente a la muerte, no es cristiana.

Aunque el grupo de pertenencia inmediata sea la Fraternidad Agustiniana concreta, el grupo de referencia es la Iglesia, el Reino de Dios, el mundo. Esta dimensión más universal, significa que la perspectiva se amplía y la comunidad se coloca en el horizonte de la misión.

La autocomprensión de la fe como misión, lleva a definir la comunidad cristiana – y por tanto, la comunidad agustiniana – como signo que expresa la salvación realizada por Jesucristo. Moverse explícitamente en esta dirección de eclesialidad y de apertura al mundo, es todo un mandamiento agustiniano: *“Anunciad, pues a Cristo donde podáis, a quienes podáis y cuando podáis. Se os pide la fe, no la elocuencia; habla en vosotros la fe, y será Cristo quien hable. Pues, si tenéis fe, Cristo habita en vosotros. Habéis escuchado el salmo: Creí, y por eso hablé. No pudo creer y quedarse callado. Es ingrato para con quien le llena a él, el que no da; todos deben dar de aquello de lo que han sido llenados”* (Sermón 260 E, 2).

La solicitud misionera es una línea continua en las obras de san Agustín. De modo particular, en sus sermones. *“Llama, fuerza a amar a Dios a*

cuantos puedas persuadir, a cuantos puedas invitar; él es todo para todos y todo para cada uno” (Sermón 179 A, 4). Por eso – comentando al profeta Ezequiel que se siente urgido por Dios a hablar también a quienes no quieren escuchar su voz (Ez 3, 5-7 y 33, 8-9) – proclama ante los fieles de Hipona que no quiere salvarse sin ellos. *“Si me callo, me encontraré no sólo en un gran peligro, sino hasta en la perdición irreparable. (...) hago todo esto con la única intención de que vivamos juntos en Cristo. Esta es toda mi ambición, mi gozo, mi honor, toda mi herencia y toda mi gloria. Si yo sigo hablando y no me oís, yo salvaré mi alma. Pero no quiero salvarme sin vosotros”* (Sermón 17,2).

73. Evangelizar es consecuencia del encuentro con Jesucristo. *“El encuentro con el Señor produce una profunda transformación de quienes no se cierran a Él. El primer impulso que surge de esta transformación es comunicar a los demás la riqueza adquirida en la experiencia de este encuentro”* (Exhortación Apostólica Postsinodal Ecclesia in America, n. 68, 1999). De modo que *“si Él no te inunda, te secarás”* (Sermón 284,1).

En tiempos de san Agustín se vivía la confrontación de la Iglesia católica con otros grupos manifiestamente beligerantes. La propuesta del mensaje evangélico tropieza siempre con nuevas y distintas barreras. La consigna es clara: *“No perder la esperanza: orad, predicad, amad”* (Tratados sobre el Evangelio de San Juan 6, 24).

VI. SEÑAS DE IDENTIDAD DE UNA FRATERNIDAD AGUSTINIANA SECULAR

74. Los Hechos de los Apóstoles y la espiritualidad agustiniana son las fuentes que inspiran el proyecto de una Fraternidad Agustiniana Secular. El capítulo cuarto de los Hechos de los Apóstoles, particularmente, del versículo 32 al 35, fue el modelo base para san Agustín a la hora de pensar en su ideal de comunidad. Trasplantar el estilo de vida de aquellos primeros cristianos constituyó su sueño. La Iglesia de Jerusalén estaba formada por hombres y mujeres de fe que tenían un corazón y un alma sola, y ninguno se sentía propietario de nada porque todo lo tenían en común. Una característica peculiar del grupo era el compartir (Cf. Hechos de los Apóstoles 4,32-35).

Otra fuente de inspiración es, naturalmente, la espiritualidad agustiniana. La Biblia y san Agustín son los referentes de la Fraternidad Agustiniana. Una doble mirada que nunca se puede olvidar para que el grupo no pierda su identidad.

Acerca de la espiritualidad agustiniana, ya se ha señalado un itinerario que puede sintetizar el camino agustiniano para vivir la experiencia de la fe cristiana. Ahora, sólo se subrayan algunas notas que, a partir de esa misma espiritualidad, marcan el perfil de la Fraternidad Agustiniana.

6.1. COMUNIDAD CRISTOCÉNTRICA

75. El cristiano, y por tanto toda comunidad cristiana, se identifica como seguidor de Jesucristo. Él es *“la salvación enviada por Dios”* (Comentarios a los Salmos 49,31) que nos revela al Padre y nos convoca a la fraternidad. *“Él es la fuente de la vida: acércate, bebe y vive; es la luz: acércate, posesiónate de ella y ve. Si Él no te inunda, te secarás”* (Sermón 284,1).

La fe y el seguimiento de Jesús son consecuencia de nuestro bautismo. Recuperar el lugar central de Cristo en la evangelización y en la catequesis, no es otra cosa que un retorno a la auténtica dimensión del anuncio cristiano. El mismo itinerario debe seguir la espiritualidad (Cf. Encíclica Redemptoris missio, de Juan Pablo II, 1990; Documento final de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, Santo Domingo 1992, Carta apostólica Tertio millennio adveniente, 1994...).

San Agustín no puede ser más claro al hablar de la necesidad de Jesucristo: *“El que cree que puede dar fruto por sí mismo, no está unido a la vida; quien no está unido a la vida no está unido a Cristo, y, quien no está unido a Cristo no es cristiano”* (Tratados sobre el Evangelio de San Juan 81,2). *“Adheríos a él con amor incansable como a piedra angular”* (Sermón 200,3,4).

Un título verdaderamente original que san Agustín da al evangelizador es el de madre de Cristo. *“No es para vosotros cosa extraña, no es cosa desproporcionada, ni cosa que repugne: fuisteis hijos, sed también madres. Cuando fuisteis bautizados, entonces nacisteis los hijos de la madre, miembros de Cristo. Traed ahora al lavatorio del bautismo a los que podáis; de este modo, como fuisteis hijo cuando nacisteis, así ahora, conduciendo a los que van a nacer, podéis ser madres de Cristo”* (Sermón 72 A, 8). Como María, llevamos a Cristo en el corazón (Cf. La santa virginidad 3,3) y así experimentamos la salvación de Dios, porque *“no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debemos salvarnos”* (Hechos 4,12).

76. A su vez, Jesucristo es el hombre tal como Dios lo pensó, el hombre perfecto que proclama el amor universal y anuncia al Padre y su Reino como lo único importante. *“Todo lo hizo bien”* (Marcos 7,37), por eso su vida es una página impecable de humanidad. *“Ecce homo”* (Juan 19,5) – aquí está el hombre – dirá Pilatos en frase que va más allá del alcance de sus palabras. Jesucristo, por tanto, además de ser evangelio y revelación de Dios, es revelación del hombre. Dios regala al ser humano un destino: Jesucristo, centro de la historia y modelo ejemplar de todo lo humano. *“Todo hombre es Adán... todo hombre es Cristo”*, en expresión agustiniana (Comentarios a los Salmos 70,2,1).

6.2. COMUNIDAD QUE ESTUDIA LA BIBLIA

77. Se ha intentado alejar, equivocadamente, la fe del pensamiento. Quien no se atreve a pensar su credo, corre el riesgo de vivir en un infantilismo religioso irresponsable. San Agustín reflexionó sin descanso sobre los contenidos de su fe. La Sagrada Escritura fue su libro de estudio permanente, convencido de que *“todo lo que contiene nuestra fe, y que de algún modo la razón ha tratado de investigar, debe tener como fundamento los testimonios de las divinas Escrituras”* (Naturaleza del bien 24). De tal modo que *“el hombre habla más o menos sabiamente según sea su progreso en las divinas Escrituras”* (La doctrina cristiana 4,5,7).

Una comunidad eclesial debe estar siempre atenta a conocer el mensaje verdadero de la Palabra de Dios. *“Esfuézate por entender correctamente, pues ni siquiera las mismas Escrituras, que recomiendan la fe para entender los misterios, pueden ser útiles, si no las entiendes correctamente”* (Carta 120,3,13).

Marginar el estudio de la Biblia, sería olvidar que es el alimento fundamental de la espiritualidad cristiana y volver la espalda al testimonio de san Agustín. *“Hay tan profunda sabiduría no sólo en las palabras con que se presentan los problemas, sino también en los problemas reales que se pretenden desvelar, que a los más animosos, agudos, ardientes en el afán de conocer, les sucede lo que la misma Escritura dice: Cuando el hombre termina, entonces empieza”* (Carta 137,1,3). La consigna puede ser válida para justificar y alentar la formación continua.

Una de las tareas pastorales más necesaria en la Iglesia – que urge a todos sus miembros – es el estudio serio de los contenidos de la fe cristiana. El diálogo de la fe con la cultura y la encarnación de la fe en los distintos modelos culturales, son tareas inaplazables. La formación es fuente nutricia de espiritualidad, lleva a vivir según el Espíritu y capacita para la misión.

6.3. COMUNIDAD ORANTE Y CELEBRATIVA

78. El olvido de la oración y la celebración ha llevado a convertirse algunas comunidades en grupos de discusión y de diálogo. Todo es incompleto si la vida de la comunidad no tiene sus tiempos contemplativos y celebrativos. La Biblia, estudiada y profundizada día a día, se celebra en la liturgia, de modo particular en los sacramentos.

San Agustín es uno de los grandes orantes de todos los tiempos. Las Confesiones son la oración de un hombre que reconoce, con ojos de gratitud, la acción salvadora de Dios en su vida. *“¡Qué tarde comencé a amarte, belleza siempre antigua y siempre nueva, qué tarde! Tú te hallabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te buscaba... Tú estabas conmigo, pero yo no estaba contigo... Pero Tú, me llamaste y me gritaste y rompiste mi sordera; brillaste y resplandeciste y borraste mi ceguera; derramaste tu perfume y yo lo aspiré y ahora suspiro por ti: me diste a gustar de ti, y ahora siento hambre y sed de ti; me tocaste y ahora me abraso en la paz que procede de ti”* (Confesiones 10,27,38).

79. Los grandes orantes bíblicos - Moisés, Abraham, Samuel, María... - aparecen con la historia entre las manos. Su oración forma parte de la vida, surge de lo cotidiano y responde a situaciones concretas.

Existe un planteamiento peligroso cuando se habla de oración-contemplación, por una parte, y de acción-compromiso por otra. Sin una mirada contemplativa, todas las mejores acciones misioneras no pasan de ser proyectos humanos. Del mismo modo, la contemplación que no toma cuerpo en una práctica histórica, tampoco es cristiana porque le falta encarnación.

La oración es el corazón y el alma de la comunidad. Crea un clima de presencia de Dios, de igualdad, de perdón y de gratitud, que estrecha los vínculos interpersonales. Oración que debe dar preferencia a las necesidades ajenas sobre las propias. *“A Dios le agrada más la plegaria por los demás que la plegaria por uno mismo, porque en ella se ofrece un sacrificio de caridad”* (Carta 20,2).

80. Además de grupo humano, la Fraternidad Agustiniiana también es asamblea litúrgica. La liturgia nos convoca para vivir el Evangelio, para llevarlo al mundo y para encontrar en la celebración la fuerza y la razón de hacerlo. El centro de la acción litúrgica de la Iglesia y de su acción pastoral es la Eucaristía.

Del mismo modo que la Eucaristía representa y construye la Iglesia, representa y construye la comunidad. La Eucaristía es, sobre todo, signo de unidad. Unidad de la Iglesia y unidad de la comunidad. *“¿Cómo se elabora el pan? Se tritura y se muele; se rocía y se cuece... Así como de muchos granos reunidos, y en cierto modo mezclados entre sí mediante el agua, se hace un solo pan, de idéntica manera, mediante la concordia de la caridad, se crea el único cuerpo de Cristo. Lo que se ha dicho de los granos respecto al cuerpo de Cristo, ha de decirse de los racimos respecto a la sangre, pues también el vino fluye del lagar, y lo que se hallaba en muchas uvas por separado, confluye en la unidad y se convierte en vino. Así, por tanto, lo mismo en el pan que en el vino se encuentra el misterio de la unidad”* (Sermón 229 A, 2).

La comunión eucarística, crea, también, comunidad humana que rompe fronteras e integra en el amor legítimas diferencias. El gran sacramento del amor es la Eucaristía, pero el amor verdadero no se aparta de la justicia; el amor a Dios camina siempre junto con el amor al prójimo (Cf. Comentarios a los Salmos 25,1,12). *“La caridad grande es la justicia grande y la caridad perfecta es la perfecta justicia”* (La naturaleza y la gracia 70,84).

6.4. COMUNIDAD FRATERNA Y SOLIDARIA

81. En la Iglesia se ha ido abriendo paso la propuesta esperanzadora de las pequeñas comunidades. Uno de los riesgos de la comunidad es que se encierre en el círculo próximo de personas conocidas

Para que podamos hablar de fraternidad, hay que sumar a los lazos de la amistad o la comunicación, la presencia de Jesucristo. La comunidad no es fruto del empeño de unas personas que toman la decisión firme de agruparse, sino don de Dios que está por encima de todos los esfuerzos humanos.

82. Una comunidad podrá llamarse cristiana, y de manera particular agustiniana, si supera la prueba de la solidaridad. Solidaridad que se traduce en una predilección significativa por los pobres y marginados. Con una formulación que no puede ser más rotunda, san Agustín afirma: *“Las cosas superfluas de los ricos son las necesarias de los pobres. Se poseen bienes ajenos cuando se poseen bienes superfluos”* (Comentarios a los Salmos 147,12).

En la comunicación de bienes, gana el que recibe y gana el que da. *“El rico y el pobre se oponen entre sí, pero también se necesitan mutuamente... El rico está hecho para el pobre y el pobre para el rico... El pobre es el camino hacia el cielo por el que se llega al Padre. Comienza, pues, a dar, si no quieres extraviarte. Rompe en esta vida las cadenas de tu patrimonio que te tienen bien atado, a fin de que puedas acercarte libremente al cielo; desembarázate del peso de las riquezas, arroja las cadenas libremente contraídas; deshazte de las preocupaciones y hastíos que te inquietan durante años... Da a Cristo en la tierra para que te lo devuelva en el cielo... La vida presente es quebradiza y está inclinada a la muerte. Nadie puede quedarse en ella; a todos se nos obliga a partir... Vamos, aunque no queramos... Si hubiéramos enviado algo delante de nosotros, no llegaríamos a un albergue vacío. En efecto, lo que damos a los pobres lo enviamos delante de nosotros; en cambio, lo que arrebatamos lo dejamos aquí”* (Sermón 367,3).

No sirve la excusa de vivir en una zona acomodada, lejos de los cinturones de pobreza que rodean todas nuestras ciudades. *“Si queréis encontrarla, encontraréis indigencia en muchos siervos de Dios. Pero si no los encontráis, es porque os gusta excusaros con estas palabras: Lo ignorábamos”* (Comentarios a los Salmos 103,3,10).

El marcado sentido comunitario de san Agustín y el ideal de la primitiva comunidad cristiana de Jerusalén, le llevan a criticar la propiedad privada. *“Muchos para no hacer un lugar para el Señor buscan lo suyo, aman lo suyo, se gozan de su propio poder, anhelan su interés privado. Quien quiere hacer un lugar al Señor no debe gozarse de lo privado sino de lo común... Abstengámonos también nosotros, hermanos, de la propiedad privada, al menos con el afecto, si no podemos desprendernos de la posesión y así preparamos un lugar para el Señor”* (Comentarios a los Salmos 131,5-6).

6.5. COMUNIDAD AGUSTINIANA

83. A primera vista, puede parecer una redundancia decir que una de las señas de identidad de la Fraternidad Agustiniana es ser agustiniana. La puntualización, sin embargo, no es innecesaria si se interpreta en un doble sentido. Significa, por una parte, que se inspira en la espiritualidad agustiniana y pretende vivirla con sinceridad. Por otra, que se inserta en la Familia

Agustiniana y mantiene relación estrecha con la comunidad religiosa agustiniana más próxima.

La inspiración agustiniana es punto de partida y, a la vez, proyecto siempre inacabado. La relación con la comunidad agustiniana se puede encuadrar en el marco trazado por la Exhortación Apostólica *La vida consagrada* (Juan Pablo II, 1996). “*Se puede decir que se ha comenzado un nuevo capítulo, rico de esperanzas, en la historia de las relaciones entre las personas consagradas y el laicado*” (n.54). La comunidad religiosa y la comunidad laical son realizaciones concretas de la comunión eclesial en la que cada estado de vida y cada persona se complementan en la fraternidad generada por un mismo bautismo, en el que también se arraiga la consagración religiosa.

84. El empeño actual, a partir de la eclesiología del Concilio Vaticano II, de crear una comunidad eclesial viva y participativa, ha provocado el descubrimiento de la vocación laical. Vocación que va abriendo nuevos caminos de consagración y, sobre todo, el seguimiento de Jesucristo a través de la mediación de las diferentes espiritualidades cristianas que son patrimonio de la Iglesia y no de un grupo determinado.

Carismas diversos pueden confluir en una misma espiritualidad. Religiosos y laicos, por ejemplo, participando de la espiritualidad agustiniana. Esta idéntica espiritualidad, que de ningún modo supone colonizar la vida laical, sino ofrecer el potencial evangélico de la espiritualidad agustiniana como don del Espíritu que enriquece a toda la Iglesia, constituye un fuerte vínculo de relación que está llamado a hacerse visible en signos concretos.

85. Las obras encomendadas a los agustinos – Parroquias, Santuarios, Colegios, Misiones, Residencias... – constituyen un medio de relación con muchas personas. Algunas desarrollan su trabajo en esas mismas obras, otras en algún momento de su vida se han encontrado con san Agustín y se sienten atraídos por su mensaje o su aventura vital. El reclamo de la amistad, la interioridad, o la búsqueda de la verdad, suscita, con frecuencia, el interés por el mundo agustiniano.

Son estas personas las que, por caminos diversos, pueden manifestar el deseo o recibir la invitación, a entrar en la órbita de la espiritualidad agustiniana. Primero, aquellos que desempeñan actividades en un ámbito confiado a los agustinos, (educadores, catequistas, colaboradores en las diversas actividades parroquiales...). Es el paso de compartir un trabajo a compartir una espiritualidad y una misión. En segundo lugar, las personas que son destinatarias de ese trabajo. En el campo parroquial la muestra es difícil de acotar; en el educativo, por el contrario, es fácil citar a los padres de familia, exalumnos...

86. Se plantea, inevitablemente, una relación nueva y distinta entre laicos y religiosos, y la presencia recíproca de religiosos en las Fraternidades Agustinas y laicos en las comunidades religiosas (Cf. *La vida consagrada*, 56). Religiosos y laicos podemos vivir, a partir de dos vocaciones diferenciadas, un mismo bautismo, una idéntica misión y una misma espiritualidad. Las formas de participación, los momentos de convivencia o de celebrar la fe, responderán a las circunstancias particulares de cada caso. Delante, el triple

desafío de la comunión, la diferencia y la corresponsabilidad. Sin olvidar que una misma espiritualidad – la espiritualidad agustiniana – se aloja en formas diferentes de vivir la única vocación cristiana.

Estamos ante un camino que nos lleva al desafío de unas relaciones nuevas dentro de la Iglesia. Para que la comunión y la corresponsabilidad sean realidades vivas, es preciso un camino de verdadera conversión. El resultado será una imagen más articulada y completa de la Iglesia y la oferta de respuestas a los grandes retos de nuestro tiempo con la aportación coral de los diferentes dones (Cf. La vida consagrada, 54).

Con ocasión de la Fiesta de Pentecostés del Año Jubilar 2000, el Prior General de la Orden, P. Miguel Ángel Orcasitas, publicó una carta titulada “Somos comunidad de hermanos que vive con el Pueblo de Dios” (Roma, 11 de Junio del 2000, Prot. N.211/2000). Escribe: *“Todos, religiosos y laicos, tenemos que abrirnos al proceso de cambio que se viene produciendo en la Iglesia. La espiritualidad agustiniana es creadora de una atmósfera de comunión, de participación, de libertad. Por miedo a perder estos talentos en operaciones de riesgo, podemos convertirnos en coleccionistas de prejuicios y caer en la infidelidad a nuestro espíritu”*.

En la misma carta advierte que *“Para ninguna comunidad, la integración del laicado en sus obras puede obedecer a razones de necesidad. Mucho menos para una comunidad agustiniana, aunque es verdad que la sociología acelera los procesos reflexivos y las decisiones operativas. La imagen de la Iglesia que nos legó el Vaticano II como ‘Pueblo de Dios’ resitúa el ministerio de la jerarquía como servicio e invita a los laicos a asumir su participación de la triple función de Cristo: profética, sacerdotal y real”*.

VII. LOS LAICOS EN LA FAMILIA AGUSTINIANA

87. La pertenencia a una Fraternidad Agustiniiana Secular supone conocer dónde se sitúan los laicos en la Familia Agustiniiana. Es conveniente, entonces, tener delante un esquema fiel a criterios históricos. El lugar de cada miembro no significa jerarquía, sino clarificación de vocaciones y ministerios. *“Toda la Familia Agustiniiana se compone, según la Sede Apostólica, de cuatro ramas o partes: Hermanos bajo la jurisdicción del Prior General; Hermanas de vida contemplativa: Congregaciones religiosas de vida apostólica y Fraternidades seculares; y sociedades erigidas bajo el título y magisterio de san Agustín”* (Constituciones O. S.A., n.44).

RELIGIOSOS

AGUSTINOS. (Aparecen con las siglas O.S.A., Orden de San Agustín).

Consideran a san Agustín como el Padre, Maestro y Guía espiritual. De él reciben no sólo la Regla y el nombre, sino también la doctrina y espiritualidad (Cf. ORCASITAS, M.A., *750 Años al servicio de la Iglesia*, Roma 16 Diciembre, 1993).

La Orden de san Agustín se presenta en la Iglesia como *fraternidad apostólica* (Constituciones O.S.A., n.7). Recibe de san Agustín el modelo de fraternidad que vivieron los Apóstoles y de la Iglesia la misión del apostolado. Estos dos aspectos complementarios, uno interno y otro externo, definen a los Agustinos.

Su presencia apostólica es diversa, con particular acento en el mundo de la cultura, la acción parroquial y las misiones.

AGUSTINAS. (Rama contemplativa femenina o monjas).

Ocupan un puesto sobresaliente en la Orden Agustiniiana. La dimensión que caracteriza y da nombre a su vida es la contemplación. Expresan esta dimensión contemplativa a través de la liturgia, la comunión en el amor fraterno, la oración, la lectura de la Escritura, el estudio de la espiritualidad agustiniiana y de la vida religiosa, el trabajo, tanto manual como intelectual. Con su vida y su misión, testimonian el señorío de Dios sobre la historia y contribuyen, con una misteriosa fecundidad apostólica, al crecimiento del pueblo de Dios (Cf. *La vida consagrada*, 8).

CONGREGACIONES AGREGADAS

Son muchas las Congregaciones, fundamentalmente de Religiosas, agregadas a la Orden. Cada una de ellas tiene su fundador o fundadora y su peculiar carisma. Se rigen por sus propias Constituciones. Siguen la Regla de San Agustín y también lo consideran Padre espiritual. Suponen una riqueza para toda la Familia Agustiniiana y se benefician de los bienes espirituales de la Orden.

LAICOS

FRATERNIDAD DE VIDA CONSAGRADA “COMMUNIO”

Son laicos, pero consagrados por medio de los consejos evangélicos de pobreza, castidad y obediencia.

FRATERNIDADES AGUSTINIANAS SECULARES

Integradas por los Agustinos/as Seculares. Como indica el término secular, formadas por laicos. Es el apartado más numeroso y flexible.

El aspecto organizativo ocupa, deliberadamente, un espacio más breve en este texto. Preferentemente, se quiere subrayar como denominador común de las Fraternidades Agustinianas Laicales una espiritualidad y no un armazón jurídico perfectamente articulado.

7.1. COMUNIO, UNA FRATERNIDAD LAICAL AGUSTINIANA DE VIDA CONSAGRADA

88. Forma parte de la Orden Agustiniiana, según la norma de las Constituciones de la misma Orden (art. 48), con Estatutos y estructura propios (Cf. Decreto del Prior General O.S.A., 31, Julio 1991, Prot. 261/91). El nombre de "COMMUNIO" (comunión) expresa la finalidad fundamental de ser instrumento de comunión, de fraternidad y de solidaridad dentro de la Iglesia y de la sociedad, según el ideal agustiniano de "*un solo corazón y una sola alma hacia Dios*" (Cf. Regla de San Agustín, 3).

Se enmarca en la línea de *las nuevas formas de vida consagrada*, sugeridas por la Exhortación Apostólica de S.S. Juan Pablo II, *Vita consecrata* (n.62), *con características en cierto modo originales respecto a las tradicionales* (Cf. La vida consagrada, n. 62)

Los miembros de COMMUNIO son laicos consagrados que siguen a Jesucristo y tienen como guía a san Agustín. Como laicos, viven su condición secular en su propio ambiente social y eclesial. Se consagran a Dios y a la causa del Reino mediante los consejos evangélicos para seguir más de cerca a Jesucristo y servir de levadura que contribuye a la santificación de las realidades terrenas.

89. La Fraternidad COMMUNIO se articula en tres sectores:

1) *Consagrados Agustinos y Consagradas Agustinas*

Hombres y mujeres que se consagran por medio de la castidad perfecta.

Pueden vivir solos, en familia o en pequeñas comunidades. Establecer estas comunidades y aprobar las normas oportunas son competencias del Prior General O.S. A.

2) *Familias Agustinas*

Esposos que quieren vivir la condición familiar según los consejos evangélicos. Deben ser miembros ambos esposos simultáneamente.

3) *Jóvenes por Cristo*

Viven temporalmente una vida evangélica consagrada, como preparación para sus futuros compromisos en la vida. Deben haber cumplido los dieciocho años y no haber superado los veinticinco.

90. COMMUNIO se estructura en Fraternidades locales, formadas, siempre que sea posible, al lado de una comunidad religiosa agustiniana (de Religiosos, de Monjas o de Religiosas de vida activa). Cada una de las fraternidades tiene un responsable con un consejo y un Asistente Religioso, nombrado por el Prior General.

El camino hacia la consagración prevé diversas fases de formación y de prueba hasta llegar a los votos perpetuos, así como las modalidades canónicas para el eventual abandono de la Fraternidad.

Del mismo modo, está fijado el rito y la fórmula de consagración, la forma de gobierno de la Fraternidad, la periodicidad de las reuniones, los momentos de oración comunitaria, Ejercicios Espirituales... (Cf. Estatutos de la Fraternidad Laical Agustiniiana de Vida Consagrada COMMUNIO).

COMMUNIO puede tener, también, miembros “*asociados*”. Hombres y mujeres que, no pudiendo emitir votos por cualquier razón, quieren, sin embargo, vivir en el espíritu de la fraternidad y participar, en cuanto sea posible, en su vida y actividades.

7.2. FRATERNIDADES AGUSTINIANAS SECULARES: AGUSTINOS SECULARES

91. Integradas por laicos – hombres o mujeres – que, llamados a vivir la dimensión comunitaria de la fe cristiana, desean hacer carne propia el evangelio, bajo la inspiración de la espiritualidad agustiniana.

Como cristianos, comprometidos en el proyecto de Dios sobre la historia y sobre el ser humano. Como vinculados a la herencia de san Agustín, unidos a la Familia Agustiniiana, extendida por todo el mundo, y testigos de los valores que configuran la visión agustiniana del hombre y de la vida cristiana.

Su lugar de vida y de evangelización, no es otro que el mundo, la familia, el trabajo, la cultura... Un mundo en el que se plasma la historia de la salvación y, por tanto, cita de la libertad humana y de Dios.

Se rigen por Estatutos propios, de acuerdo con las circunstancias culturales, geográficas o sociales del propio grupo, aprobados por el Prior General O.S.A.

VIII. ELEMENTOS COMUNES DE UNA FRATERNIDAD AGUSTINIANA SECULAR Y SUGERENCIAS PRÁCTICAS

8.1. CONVOCATORIA Y PRIMEROS PASOS

92. La iniciativa puede partir de una Comunidad Religiosa Agustiniiana o de un grupo de laicos. Allí donde hay una Comunidad Religiosa Agustiniiana, existe una célula de espiritualidad agustiniana que se manifiesta a través de la liturgia, el trabajo, la convivencia... Esta tarjeta de identificación hay que convertirla en tarjeta de presentación y sugerir, en el entorno humano donde se inscribe la comunidad, la posibilidad de compartir esa espiritualidad más allá de la modalidad de la vida consagrada.

También pueden ser unos laicos quienes sugieran la posibilidad del asociacionismo. En uno y otro caso, hay algunas premisas importantes: Definir con claridad, desde el principio, el carácter del grupo, vincularlo a una Comunidad Religiosa Agustiniiana, responsabilizar a un Agustino del acompañamiento, contar con un número de personas maduras y responsables para iniciar la formación de la comunidad, y una estructura funcional.

93. ¿Por qué fracasan algunos proyectos comunitarios? Las múltiples respuestas pueden resumirse a tres: La falta de definición del propio grupo, la heterogeneidad de sus miembros (en cuanto a edad, modo de pensar, expectativas ante el grupo...) y la falta de compromiso en la construcción de la comunidad.

Toda la paciencia con las personas, pero sin olvidar que hay que estimular los procesos de crecimiento y participación. La comunidad no es un grupo de terapia personal ni una isla de refugio, y tampoco se puede transigir con una actitud permanente de pasividad.

Es importante evitar el gran grupo, porque no vamos a organizar conferencias sobre la Biblia o san Agustín, y tampoco diálogos acerca de la verdad y su posibilidad de conocimiento. El tema eje del grupo es conocer y vivir la consagración bautismal desde la espiritualidad agustiniana. Nos reunimos para compartir lo mejor de la vida: la fe y la amistad. La fe es el gran regalo que Dios nos ha dado, la amistad es lo más valioso que nosotros podemos dar.

94. La fe y su expresión comunitaria exigen un ámbito de confidencialidad, de amistad y de libertad que puede verse bloqueado si la medida del grupo sobrepasa ciertos límites.

Hay grupos que, después de un arranque entusiasta, entran pronto en la desorientación y la fatiga que supone caminar sin un rumbo definido. Del mismo modo que es temerario construir sin planos, también iniciar el proyecto de una fraternidad sin un temario, unos objetivos, unas actividades. Las dificultades son mayores cuando falta un itinerario y unas etapas. Cada uno se pregunta: ¿Cuál va ser el paso siguiente? ¿Estamos llevando un proceso verdadero de vida cristiana?

8.2. CONTENIDOS DE UN ESTATUTO TIPO

I. NATURALEZA O IDENTIDAD

95. La Fraternidad Agustiniiana está formada por fieles cristianos, hombres y mujeres del mundo en el corazón de la Iglesia y hombres y mujeres de la Iglesia en el corazón del mundo, empeñados en “*tener una sola alma y un solo corazón orientados hacia Dios*”, para vivir juntos la vocación bautismal. Comprometidos a compartir su ser cristiano desde la espiritualidad de san Agustín y unidos por un particular vínculo a la Orden de san Agustín.

Cada Fraternidad debe estar unida a una Comunidad Religiosa de la Orden de san Agustín. Será el signo visible de relación con la Orden y comunión con la Familia Agustiniiana. Aún en el caso de que en el lugar donde exista una Fraternidad no haya una Comunidad Religiosa Agustiniiana, se adscribirá a la más próxima.

II. CONSTITUCIÓN DE UNA FRATERNIDAD AGUSTINIIANA SECULAR

96. La constitución de una Fraternidad corresponde al Prior General O.S.A., mediante el correspondiente Decreto.

Para erigir canónicamente una Fraternidad agustiniiana se requiere:

- a) Petición escrita de un Superior Mayor de la Orden.
- b) Consentimiento del Ordinario del lugar, si no existe en la Diócesis una Comunidad Religiosa Agustiniiana canónicamente erigida (CIC 312,2)
- c) Aprobación por parte del P. General que también aprueba, directa o a través de delegación, los Estatutos particulares de cada Fraternidad.
- d) Cada Fraternidad, a su vez, podrá tener carácter jurídico civil, de acuerdo a la legislación del propio país.

Compartir un mismo espíritu y una misma misión, aunque desde vocaciones específicas, exige el conocimiento mutuo, unas relaciones de confianza y la persuasión fundamental de que la unidad y la comunión son elementos básicos de la espiritualidad agustiniiana.

III. FINALIDAD U OBJETIVOS

97.

- La respuesta personal a la vocación de la fe cristiana.
- La misión evangelizadora.
- La búsqueda en común de Dios.
- La relación de fraternidad con todos.
- La vinculación con la Orden de san Agustín.
- La sencillez de vida de acuerdo con el espíritu de las bienaventuranzas.
- La actitud profética que se traduce en la defensa de los derechos humanos y un compromiso militante por la paz, la justicia y la solidaridad.
- La formación permanente, con especial incidencia en el estudio de la Palabra de Dios, el magisterio de la Iglesia – particularmente la doctrina social – y el pensamiento de san Agustín.

IV. MEDIOS

98.

- Reunión periódica (quincenal, mensual, según Estatuto propio...).
- Programa de formación.
- Celebraciones litúrgicas y de oración.
- Acción misionera y social conjuntas.
- Celebraciones con Comunidades Religiosas Agustinas.
- Participación en la vida de la Iglesia local.
- Información y colaboración con la Orden de san Agustín.

V. ESTRUCTURA DE GOBIERNO

99.

- Coordinador de la Fraternidad (convoca, representa a la Fraternidad...).
- Secretario (hace el Acta de cada reunión, atiende correspondencia...).
- Administrador (encargado de los asuntos económicos y materiales).
- Asistente Religioso (Siempre que sea posible, un Agustino).
- Otras funciones, según Estatuto propio.

En los Estatutos propios, debe indicarse el modo de elegir las personas para estos servicios y el intervalo de tiempo entre una elección y otra. No se trata de una lista cerrada; las actividades de las distintas Fraternidades pueden aconsejar otros cargos o la existencia de Comisiones.

VI. ADMISIÓN

100. La pertenencia es a título personal y cada grupo, por su parte, tiene que mostrarse abierto para la incorporación de otras personas. Conviene que los candidatos sean presentados por miembros del mismo grupo o de otra Fraternidad. Además de ser una garantía para un primer conocimiento de las personas, se puede así garantizar el necesario acompañamiento inicial.

Previo petición de la persona interesada y presentación, según la forma indicada, es la Fraternidad junto al Asistente Religioso, quien admite.

Los Estatutos indicarán la edad de admisión, transcurrido un tiempo prudente de formación y mutuo conocimiento, y los motivos por los que puede una persona cesar como miembro de la Fraternidad.

VII. FORMACIÓN

101. Requisitos previos a la entrada en un grupo son la información y la formación. El período inicial de pertenencia a una Fraternidad Agustina se caracterizará por el estudio de los contenidos fundamentales de la fe cristiana y la aproximación al pensamiento de san Agustín. Además, la educación permanente de la fe (Cf. Directorio General para la Catequesis, 51) es una exigencia de fidelidad y búsqueda de la verdad que debe acompañar siempre al creyente.

Se puede hablar de catequesis de adultos como medio para dar respuesta a los interrogantes religiosos y morales contemporáneos y para

promover la madurez de la vida cristiana. Esta catequesis tendrá siempre presente *“la atención a la condición laical de los adultos, que por el Bautismo tienen la misión de ‘buscar el Reino de Dios ocupándose de las realidades temporales y ordenándolas según Dios’, y asimismo que están llamados a la santidad”* (DGC, 174).

VIII. PROMESA

102. El rito de admisión en cualquier institución siempre es significativo. Por eso se debe cuidar la ceremonia religiosa de ingreso en la Fraternidad y, pasado un tiempo de prueba, la renovación de las promesas del bautismo y la manifestación pública de empeñarse en conseguir la plenitud de la vida cristiana, siguiendo el espíritu de la Regla de san Agustín. El Celebrante, en nombre del Prior General, incorpora a la Familia Agustiniana y hace partícipe de sus bienes espirituales al nuevo miembro.

El Ritual de la Orden de san Agustín prevé un Rito de Admisión y un Rito de la Promesa para los miembros de las Fraternidades Agustinianas. Además, el Estatuto propio podrá determinar otros compromisos concretos que deben ser respetados por todos. Por ejemplo, la asistencia a las reuniones, el pago de la cuota económica (si es que se ha establecido), la participación en las actividades asumidas por el grupo...

Además de la promesa personal, es importante que las Fraternidades asuman, de un modo estable o temporal, según las circunstancias, un compromiso concreto con un proyecto apostólico eclesial, a ser posible dentro del ámbito de los servicios que la Orden presta a la Iglesia.

IX. FUNCIONAMIENTO Y ACTIVIDADES

103. La espiritualidad anima la vida y el clima interno da tono al grupo. Uno de los puntos esenciales es el estudio de la espiritualidad agustiniana. Profundizar en ella constituye un elemento de nutrición y crecimiento de las personas que se reúnen.

El diálogo y la comunicación, además de ser dimensiones fundamentales para el mantenimiento de un grupo, son uno de los caminos agustinianos para descubrir la verdad. La verdad está dentro de nosotros (La verdadera religión 39,72) y entre nosotros (Confesiones 12,25,34).

Estas premisas, configuran un modo de funcionamiento y de relación circulares que garantiza la libertad y la participación. El dinamismo de necesidades reclama la posibilidad de reciprocidad, de dar y recibir, en un ejercicio horizontal de discipulado compartido.

El calendario de reuniones y otros detalles de organización debe fijarlos el propio grupo. Que exista un estatuto marco, no dispensa de que cada grupo tenga el propio, adaptado a sus circunstancias particulares.

Es interesante que la Fraternidad vaya unida a un nombre de resonancia agustiniana (Un santo o un beato de la Familia Agustiniana, un lugar...). La periodicidad de las reuniones puede ser, inicialmente, quincenal.

También es conveniente un mínimo organigrama en el que se señalen las funciones y los responsables de las mismas (Coordinador/a de la Fraternidad, Tesorero/a, Encargado/a de la relación con otras Fraternidades

Agustinianas, con los proyectos laicales de la Iglesia diocesana, con instituciones sociales, ONGs...). Las necesidades del grupo serán determinantes para su organización interna.

X. ASISTENTE RELIGIOSO

104. Nombrado directamente por el Superior Mayor, presentado por el Prior de la Comunidad Religiosa a la que está vinculada la Fraternidad, previa propuesta de los miembros que la forman. Tiene la misión de presidir, cuando sea posible y necesario, las celebraciones litúrgicas, promover el espíritu agustiniano en todas las actividades de la Fraternidad y acompañar a las personas y al grupo en su crecimiento espiritual.

XI. RELACIÓN CON OTRAS FRATERNIDADES AGUSTINIANAS

105. En un mismo lugar pueden existir distintas Fraternidades, mucho más en un mismo país. El primer testimonio de las Fraternidades Agustinianas ha de ser la unidad y comunión entre sí. Al mismo tiempo, es necesario instrumentar algún organismo coordinador que impulse las relaciones mutuas. Se sugiere una Coordinadora Local, allí donde hay diversas Fraternidades, y una Coordinadora o Federación Provincial y Nacional, con Estatuto y organigrama propios.

La celebración anual de un Encuentro y la participación conjunta en otras actividades, pueden fortalecer las señas de identidad, el sentido de pertenencia y los lazos de unión de los grupos.

Los miembros de la Coordinadora o Federación Nacional pueden ser elegidos en los Encuentros nacionales y, a su vez, integrarse en una Coordinadora de alcance internacional que represente a todas las Fraternidades Agustinianas.

IX. UN MODELO CONCRETO DE FRATERNIDAD AGUSTINIANA SECULAR

106. La Fraternidad Agustiniana se asienta sobre tres pilares: *estudio, interioridad, misión* que dan origen a una:

I. COMUNIDAD DE FE

Búsqueda de la verdad por el *estudio*.

(Dimensión formativo-cultural para asimilar el mensaje cristiano)

- análisis de la realidad con ojos creyentes (ver, juzgar, actuar)
- conocimiento de los contenidos de la propia fe
- estudio bíblico y moral
- conocimiento de san Agustín y su mensaje
- conocimiento del mundo agustiniano

II. COMUNIDAD DE ORACIÓN

Orar y celebrar desde la *interioridad*.

(Dimensión litúrgico-celebrativa para el diálogo personal y comunitario con Dios)

- expresión de la fe
- conocimiento y celebración de la liturgia
- tiempos de oración y celebración comunitarias
- celebrar la fe con la propia familia y con la Comunidad Religiosa (fiestas agustinianas...)
- calendario mensual y anual de Retiros, Convivencias...

III. COMUNIDAD DE VIDA Y MISIÓN

Ser para los demás a través de la *misión evangelizadora*.

(Dimensión misionero-social para construir el Reino de Dios)

- clima interno de amistad, acogida y comprensión
- testimonio personal en el propio ambiente de vida y de trabajo
- comunión y compromiso con la Iglesia local
- tiempo de voluntariado dedicado a los demás
- conocimiento de la doctrina social de la Iglesia y ejercicio práctico de la solidaridad
- colaboración con instituciones (eclesiásticas, civiles, ONGs...)

9. 1. ITINERARIO FORMATIVO DE UNA FRATERNIDAD AGUSTINIANA

PRIMERA ETAPA (Período de iniciación)

Duración: Dos años.

Al final, se recibe un símbolo agustiniano de pertenencia.

- *Llamados, por el bautismo, a la conversión.*
 - . La fe cristiana: El Credo
 - . Los sacramentos de la iniciación cristiana
- *El camino agustiniano hacia Jesucristo o la espiritualidad agustiniana (I):*
 - . La vida como inquietud y como búsqueda
 - . El amor, primera vocación humana
 - . “Amar” el mundo y construir la Ciudad de Dios
 - . El lugar de los grandes encuentros: la interioridad

SEGUNDA ETAPA (Período de integración en la Familia Agustiniana)

Duración: Dos años.

Al final, agregación a la Orden mediante un rito litúrgico de ingreso (Ritual de la Orden). En algunos casos, libremente, recepción de ministerios laicales.

- *Convertirnos ¿a quién?*
 - . Jesucristo, meta y horizonte de toda conversión (Cristología, moral...)
 - . María, modelo de creyentes

- *El camino agustiniano hacia Jesucristo o la espiritualidad agustiniana* (II):

- . Decir un sí resuelto al proyecto de Dios: la conversión
- . Verificar la vida cristiana en la oración
- . Miembros de un solo cuerpo: El Cristo total
- . La justicia, la paz y la solidaridad agustinianas
- . Amar a la Iglesia, a través de la comunidad agustiniana

La conversión y la comunidad, no son fruto de nuestro esfuerzo, sino don de Dios. Reunidos en comunidad como “*signo de la comunión y de la unidad de la Iglesia en Cristo*” (C.Vaticano II, Decreto sobre el Apostolado de los laicos 18)

9.2. POSIBLE ESQUEMA DE REUNIÓN

1. ORACIÓN

107. Siempre se inicia la reunión con un tiempo de oración. Profesamos nuestra fe. Deseamos que nuestro encuentro fraterno, sea también encuentro con Dios. Se puede comenzar por oraciones sencillas, lectura de la Palabra de Dios y un espacio para la reflexión, texto y comentario sobre algún texto de san Agustín, liturgia de las Horas...

2. ESTUDIO O FORMACIÓN

108. A modo de guía, sólo orientativa, se ofrece una constelación de temas para cada una de las dos etapas sugeridas. La cultura religiosa de las personas que forman el grupo y otras circunstancias, aconsejarán otros temas y el nivel de su tratamiento. No significa que, fuera de esa etapa, ya no tengan cabida. En todo proceso formativo, hay temas recurrentes.

El tema lo ha estudiado, previamente, cada miembro de la Fraternidad. Alguien lo presenta desde su óptica personal. Se dialoga. Puede invitarse a especialistas. Tan importante como la fidelidad al temario fijado, es la flexibilidad para modificarlo cuando haya razones que lo justifiquen.

3. REVISIÓN DE COMPROMISOS Y PROGRAMACIÓN

109. La reunión debe desembocar en implicaciones concretas de carácter interno o externo. Alguien tiene que preparar el tema para el próximo día, la oración o la celebración con motivo de una fiesta o un tiempo litúrgico señalado... Se pueden señalar, igualmente, tareas concretas en el ámbito familiar, profesional, parroquial...

Toda la Fraternidad, o algunos miembros, colaboran habitualmente en la pastoral diocesana, de la Parroquia, del Colegio, en un voluntariado de carácter social... ¿Qué estamos haciendo y cómo lo hacemos? ¿Podemos prestarnos a algunas otras colaboraciones con la Iglesia local, la Orden Agustiniana...?

La revisión y evaluación de los compromisos comunes, contribuye a promover la corresponsabilidad.

Es recomendable que cada Fraternidad señale una cuota económica fija. Es un signo abierto a distintos objetivos: Compartir algo de nuestros bienes, contar con un fondo común que puede tener distintos destinos (fondo de solidaridad, actividades de la Fraternidad, gastos comunes...), compromiso material de pertenencia al grupo.

PRESENTACIÓN

INTRODUCCIÓN

I. PRESUPUESTOS TEOLÓGICOS Y PASTORALES

- 1.1. El discurso teológico y la realidad pastoral
- 1.2. El laico y su lugar en la Iglesia

II. UNA MIRADA A LA ECLESIOLOGÍA AGUSTINIANA

- 2.1. La Iglesia-comunión de san Agustín
- 2.2. Una Iglesia ministerial guiada por un único Pastor y Maestro
- 2.3. Las imágenes de la comunión eclesial
 - El Cristo total
 - Esposo y esposa

III. LA ESPIRITUALIDAD LAICAL AGUSTINIANA

- 3.1. Espiritualidad laical y espiritualidad agustiniana
- 3.2. La espiritualidad agustiniana en un marco secular
- 3.3. Contenidos de la espiritualidad agustiniana
 - Grandeza y limitación del ser humano. La vida como búsqueda
 - La interioridad
 - El amor y la comunión
 - La conversión
 - La oración
 - El Cristo total, fundamento de unidad y solidaridad
 - La Iglesia
 - El compromiso con el mundo: la justicia, la paz y la solidaridad
 - El diálogo con la creación

IV. AFIRMACIONES SOBRE LA ESPIRITUALIDAD AGUSTINIANA

- 4.1. El primado de Jesucristo en la espiritualidad agustiniana
- 4.2. El alma de la espiritualidad agustiniana es la caridad
- 4.3. La espiritualidad agustiniana se nutre en la Biblia
- 4.4. La espiritualidad agustiniana convoca a la conversión
- 4.5. La espiritualidad agustiniana privilegia la oración
- 4.6. La espiritualidad agustiniana está al servicio de la evangelización
- 4.7. La espiritualidad agustiniana tiene un marcado sentido eclesial

V. ELEMENTOS BÁSICOS DE UNA FRATERNIDAD A. SECULAR

- 5.1. Vocación cristiana
- 5.2. Vocación comunitaria
- 5.3. Vocación misionera

VI. SEÑAS DE IDENTIDAD DE UNA FRATERNIDAD A. SECULAR

- 6.1. Comunidad cristocéntrica
- 6.2. Comunidad que estudia la Biblia

- 6.3. Comunidad orante y celebrativa
- 6.4. Comunidad fraterna y solidaria
- 6.5. Comunidad agustiniana

VII. LOS LAICOS EN LA FAMILIA AGUSTINIANA

- 7.1. COMMUNIO, una fraternidad laical agustiniana
- 7.2. Fraternidad Agustinianas Seculares: Agustinos Seculares

VIII. ELEMENTOS COMUNES DE UNA FRATERNIDAD AGUSTINIANA SECULAR

- 8.1. Convocatoria y primeros pasos
- 8.2. I. Naturaleza o identidad
II. Constitución de una Fraternidad Agustiniana Secular
III. Finalidad y objetivos
IV. Medios
V. Estructura de gobierno
VI. Admisión
VII. Formación
VIII. Promesa
IX. Funcionamiento y actividades
X. Asistente Religioso
XI. Relación con otras Fraternidades Agustinianas

IX. UN MODELO CONCRETO DE FRATERNIDAD A. SECULAR

- 9.1. Itinerario formativo de una Fraternidad Agustiniana Secular
- 9.2. Posible esquema de reunión
 - Oración
 - Estudio o formación
 - Revisión de compromisos y programación

